

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

1º DE MAYO DE 1898

Nº 153

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



(Obsequio del señor C. A. Crespo, artista venezolano residente en Londres)



SEÑOR MANUEL MARÍA FERNÁNDEZ, Redactor del "Diario de Avisos"



A vida de una sociedad, anotada hora por hora durante veinte y cinco años, debe de ser la obra de mayores satisfacciones para quien la ha realizado en la serena tranquilidad de días sin zozobras, sin temores y sin odios: suavemente inquiridas las palpitaciones del movimiento nacional, para llevarlas á la información sencilla.

Así la obra del señor FERNÁNDEZ en un cuarto de siglo, tempestuoso para los que en él hemos combatido y vivido. A la puerta de sus talleres ha pasado silencioso el oleaje de los motines; á su pupitre de redacción no se han acercado las insinuaciones del escándalo; su pluma no se ha movido febril de iras sobre cuartillas relampagueantes de virulencia de las diatribas políticas; su diario ha circulado como sosegado transeúnte á la vera de las calles por donde han ido los zapadores de las ingentes y redentoras revoluciones de este fin de siglo; é impasible, como un apóstol de la fe mesiánica, aparece desde su puesto de veinte y cinco años de noticierismo sereno, reposado y óptimo.

La prensa caracterizada por diaristas como el señor FERNÁNDEZ no debe á la Patria una sola de sus lágrimas, ni á la conciencia del pueblo el más leve recuerdo de un desliz. Los partidos no han intentado jamás llamar personero de sus doctrinas al sencillo ciudadano con quien contó siempre la sociedad para imponerse de las corrientes de su espíritu en el salón, en el espectáculo y en la tertulia; los Gobiernos han sabido que entre innúmeros legajos de diarios amarillentos por años é infortunios, hay un buen venezolano casi solitario, retirado de la fragua en donde se forjan competidores y combatientes; las revoluciones que fracasan no han

tenido que lamentar por él un desertor, ni las triunfantes revoluciones han visto acercarse al templo en donde distribuyen sus coronas aquellas sienes que han besado los años demasiado. Sólo el comercio le ve llegar en su periódico, con imperturbable regularidad, á la hora en que cesan los afanes y se solicita en la crónica noticieril el rumbo que impulsores de afuera hayan obligado á tomar á la actividad de los gremios; y la España de Cervantes lo ha llevado al hogar pacífico en donde se trata de fijar y dar pureza y esplendor á la lengua de Castilla. Ni un solo enemigo, ni siquiera un adversario tendrá á esta hora el señor FERNÁNDEZ, á pesar de que á veces ha advertido con feliz perspicacia el lado vulnerable de la preocupación social, como quien ha practicado en ella cabales experticias: acaso sólo tenga hoy agradecidos corazones, en noches muy venturosas rumoreantes de viejos recuerdos de Terpsícore, Cupido é Himeneo; acaso raudales de sincera gratitud, en el ascenso creciente de fortunas de la industria que comenzaron muy lejos, tras armarios bien modestos y á cuyo auge puso sus recomendaciones generosas el popular periodista; acaso compañeros cariñosos,—y todos los que de cerca ó distantes de él vivimos,—que acogen ó abren paso á esa pura reliquia de la edad prerafaélica de la prensa y de las letras, cuando todavía se encomendaban fuertes adargas á impetuosos caballeros.

La batalla cruel, al descubierto, palpitan-tes de salvaje furor los combatientes, amplio el campo ó agria la cuesta, implacable el vencedor; la batalla de la prensa moderna, que se rife á punta de pluma en el bufete y á punta de sable en el terreno, no ha cautivado al señor FERNÁNDEZ: su genealogía periodística arranca de Asís; su misión es de paz. Fecunda misión, cuando ha concluido su obra necesaria la guerra y junto con el ceño pa-

voroso se depone el arreo ensangrentado; pero empresa sin rumores, preñada de indiferencias asesinas, cuando padece la nacionalidad todas las convulsiones de su crecimiento social y político. ¡Horas de silenciosa amargura habrá pasado el señor FERNÁNDEZ, preguntándose cuándo estará la tierra para reír la vida y coronarla de azahares y de pámpanos! ¡Convicción bendecida de nuestra candidez tendrá él, cuando nos ve,—desde veinte y cinco años de camino dulce y suave,—interrogando, profanos, á las tumbas, por todas las arrogancias humanas y desafiando la suerte de Ilión con todas las iras divinas! ¡Bello desencanto ese prematuro desencanto del diarista que adivinó en dónde estaba el punto de la vida posible y seguro, para contemplar la carnicería de esta eterna muerte del ideal!

No ha tenido, por consiguiente, fuerte influencia la manera periodística del señor FERNÁNDEZ en contra de las corrientes contemporáneas; pero ha probado, con una vida saludable de cinco lustros, cuán inmenso es el ambiente que ha producido en el país la prensa que combate y muere.

El día nueve del mes actual sonará para el señor FERNÁNDEZ la hora en que se cierra ese ciclo de inefabilidades, en argentinas nupcias con su periodismo amable. EL COJO ILUSTRADO se adelanta, por las condiciones de su circulación, á presentar sus parabienes más cordiales al señor Director del DIARIO DE AVISOS.

ELOY G. GONZALEZ.





JULIO FLOREZ

Pertenece á una familia de poetas. Todos sus hermanos han rendido culto á las Musas:

Manuel de Jesús, el mayor, que habló en verso ligero y vaporoso de los amores de las aves, de los céfiros, de las flores y de las espumas; que cantó sus tristezas con la dulzura é ingenuidad de Selgas y de Trueba, se olvidó de la poesía, y se fue á una Provincia á recetar enfermos, y á pensar en la filosofía del sabio agustino que cantó en lira inmortal *la senda escondida* por donde van los felices, los que dejaron lejos las tristezas del corazón; Leonidas, periodista de combate, murió después de vida agitada y tormentosa. Como poeta, su nombre vive en algunas antologías de Colombia; y Alejandro, conocido en Venezuela por una tragedia de amor, se ha sustraído al medio en que vive; y sueña con épocas antiguas, olvidado del tiempo en que le tocó nacer.

Antes de que los celos hubieran puesto un arma homicida en sus manos, escribía canciones que con música de él mismo ó de un pobre ciego que tenía en el alma toda la luz escapada de sus ojos, volaban como golondrinas de ventana en ventana, acompañadas de tiples, guitarras y bandolas, en las noches glaciales de Bogotá, cuando la luz eléctrica no había quitado su poesía primitiva, su sello colonial, á los barrios de Las Nieves y de San Agustín.

Flórez, al decir de sus amigos, no frecuentó los claustros de ningún colegio, ó si pasó por ellos fue como rayo de sol por un cristal, según la frase del Padre Astete. Por confesión del poeta sabemos que á la única clase á que asistió con alguna puntualidad fue á la de ortografía, no por amor á ese estudio, sino porque el texto estaba escrito en verso. Vaya un ejemplo:

“Con *v* van aluvi6n, mover, aleve,
desvanecer, agravio y atavio,
maravedí, desvencijar, relieve,
aseverar, averno y desvario.”

Pero á pesar de la asiduidad de Flórez, y á pesar de que el texto no estaba escrito en “vil prosa,” resultó lo que el poeta cuenta sin falsa modestia: que al fin del año fue reprobado. Tal vez de ese fracaso se consoló recordando que los buenos poetas de todos los tiempos han sido malos estudiantes. Flórez, además de poeta, es músico. Al

Arte, y sólo al Arte, ha consagrado su vida. Cuando el verso rebelde no quiere traducir las congojas de su espíritu; cuando la estrofa, como ave entumida, no suelta sus alas, cual si tuviera miedo á la luz, entonces el poeta, en el silencio de su cuarto, descuelga un viejo violín, y le confía, como á discreto amigo, todos los secretos de su corazón herido, todos los pesares que lloran en su alma enamorada, y que son los secretos y pesares de todos los que en la plenitud de la vida hemos visto caer muchos ideales y morir muchas esperanzas.

Del mañana, de la ardiente lucha de la existencia, no se ha preocupado nunca. No ha sido más que poeta. La visión de las riquezas no ha perturbado su mente ni ha descontado el sueño de sus noches. Se ha entregado por completo á la Poesía, y élla, como amada cariñosa y fiel, le ha hecho olvidar todas las asperezas del camino, creándole un mundo aparte, donde vive en paz con su quimera consoladora.

Si hubiera vivido en tiempos de Mürger, aquellos cuatro Mosqueteros del ideal cantados por él en la *Vida de Bohemia*, aquellos soñadores enemigos de lo vulgar, habrían tenido un camarada, un inseparable compañero, tanto en los días de miseria y estrecheces como en las noches radiantes de las cenas opíparas. Otra flor del Barrio Latino habría ido á regar el perfume de su juventud y de su belleza en aquellos desvanes en donde Musette y Mimi rieron felices—porque eran amadas—sin cuidarse del frío y del hambre. Y en tarde brumosa y triste, habría ido con Rodolfo al campo desierto á buscar violetas entre los zarzales cubiertos de nieve, para llevarlas á Mimi, á la pobre amada, que moría en el hospital.

.....Los novelistas—dice Zola refiriéndose á los hermanos Goncourt—usan pincel y cincel, cuando no tañen un instrumento. La misma frase puede aplicarse, quizá con más propiedad, á los poetas engendrados por el golpe de luz de las últimas revoluciones.

Para Julio Flórez no hay secretos artísticos: él sabe aprisionar en su poesía los colores del iris; en sus versos vibran todas las notas de la escala; y no pocas de sus estrofas evocan torsos de bronce y contornos de mármol. Es pintor y músico en *Horras* y *Sueños de opio*, como también es escultor en sus poesías tendenciosas, en las cuales la estatua tallada por el artista parece exclamar, con verbo tribunicio, la estrofa de nuestro insigne Heraclio Guardia:

En la presente edad debe el poeta
ceñir el casco y la crujiente malla,
ser del derecho y la justicia atleta,
y luchar siempre en la común batalla.



OFICINA DE CORREOS. — Esquina del Principal (Avenida Oeste y calle Norte 2) — Caracas

No se crea por esto que la musa política, la musa que inspiró los *Gritos del combate*, es la preferida del poeta. Julio Flórez no ha pagado á la lucha candente de los partidos el tributo que tan imperiosamente reclaman. Se ha contentado con ser uno de los poetas más inspirados y geniales, no sólo de Colombia sino también de la América latina.

La crítica que no perdona descuidos, le censurará algunas imágenes antiestéticas y una que otra violencia en el ritmo, todo lo cual no basta á empobrecer en nada el valor inapreciable de su producción.

Ya que no tenemos á mano las celebradas poesías de Flórez á que hacemos referencia, nos es grato reproducir la última composición del poeta que traen los periódicos de Bogotá.

Héla aquí:

AMOR NUEVO

(PARA ALFONSO CARO)

I

Éntra en mi corazón mudo y sombrío,
Último amor!..... y toda tu frescura
Derrama en ese cáliz de amargura,
En ese corazón muerto de frío.

Éntra..... y vierte en mi pecho tu rocío
De aurora, en este pecho, sepultura
Del cadáver aquí; éntra y procura
Despertar á ese muerto. ¡Éntra, amor mío!

Ya verás cómo entences las cenizas
Se animarán de tantas ilusiones
Y de tantos ensueños hecho trizas.

¡Éntra!..... y sacude con tu sople blando
Y puro, el ala azul de mis canciones
Ateridas..... ¡El muerto está esperando!

II

Ya estás aquí..... ya escucho tu aleteo
De paloma vibrar en lo más hondo
De mí sé; ya el cadáver que allí escondo
Sus ímpetus recobra como Anteo.

Ya te palpo y te siento; ya te veo
Cintilar de mi espíritu en el fondo,
Como en la noche negra el astro blando
Con vivo y deslumbrante parpadeo.

Todo en mí se renueva: la pérdida
Fé, la ventura, la esperanza inerte,
La ilusión y la estrofa entumecida;

¡Amor!..... de débil me tornaste en fuerte:
¡Ya escucho los estruendos de la vida
Vibrar en los silencios de la muerte!

III

Mas ¡ay! que un imposible sin embargo
Eres ¡oh amor!..... Sus anhelantes ojos
No se fijan en mí; veo en sus rojos
Labios la mueca del desdén amargo.

Mas ¡qué importa? No en sórdido letargo
El triunfo esperará de mis antojos;
Ella me oirá..... ¡la rogaré de hinojos!
La lid es recia, pero el tiempo es largo.

Y si todo es en vano, si en la lucha
Caigo rendido al fin, si en mi agonía
Ni mi postrar adiós siquiera escucha;
Si el combate es de un hombre y de una estrella,
¡Oh! ¡qué dulce fruición, la fruición mía!
Morir de amor, ¡pero de amor por *Ella*!

ULISES HEUREAUX

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DOMINICANA



EUREAUX, ó *Lills*, — como se firma en documentos íntimos y se le llama familiarmente en todo el territorio dominicano, — es el Magistrado más discutido de Hispano-América.

Para una parte de sus compatriotas es la personificación de la tiranía cruel; para la otra parte, la Primera Autoridad de la República que no se detiene en medios de ningún linaje para hacer estable el imperio de la paz y del orden. Para éstos, es el "Pacificador de la Patria", para aquéllos, un Dionisio de Siracusa, — ó acercándonos más á la historia — un Francia del Paraguay.

Se le acusa de haber escarnecido todas las garantías constitucionales, principalmente la de la inviolabilidad de la vida por causas políticas, la de la libertad de sufragio, y la de la seguridad individual; pero por entre esas acusaciones que sobre su cabeza se condensan como tempestades siniestras, aparecen voces que aprueban y manos que aplauden.

Cuando se le insulta, el insulto llega hasta la blasfemia; cuando se le elogia, el elogio llega hasta la adulación.



ULISES HEUREAUX
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DOMINICANA

Todo esto obscurece el camino por donde debe pasarse el espíritu del investigador que, lejos de los acontecimientos, anhela conocer la verdad.

Entre el dicitario y la alabanza existe una zona, y es ésta la que indudablemente explorará el historiador cuando se dedique al análisis de la vida del General Heureaux, del medio en que desenvuelve sus facultades, y de las demás circunstancias que lo rodean.

Entre tanto, podemos decir con algunos escritores á quienes se tienen como imparciales, que Heureaux es un gran carácter y una inteligencia nada vulgar.

Sus procedimientos son casi siempre extraños ó extremos, y de ambos modos en determinados casos. Lo mismo le da gobernar con los amigos que con los enemigos más encarnizados. Al amigo que se gasta en las labores políticas, lo cambia prontamente por el enemigo; y cuando éste ya le ha dado todo lo que tenía que dar, procura reemplazarlo, antes que con el adepto fiel, con el adversario franco ó embosado. Si éste se exime, tiene que tomar el camino del destierro ó aceptar el obscuro calabozo de la prisión. Y se ha visto á más de uno dejar en la puerta del Palacio de Gobierno las sandalias que calzó en el ostracismo y la chaqueta que vistió en la mazmorra, para ajustarse luego el frac de Ministro de Estado.

En los gobiernos de Heureaux no prevalece otro criterio que el suyo, ni otra voluntad que la suya. Y esa voluntad es energética en los momentos de conflicto. Conflicto llama él la revolución armada. Numerosas son las que se le han hecho y todas las ha debelado en persona. El es el primer soldado activo de su ejército. Nunca manda, siempre va.

Sus enemigos viven conspirando; pero él —si se nos permite valernos de la expresión de Carlyle respecto del doctor Francia— mira, espía, averigua, hasta darse cuenta de la extensión, posición, naturaleza y estructura de la trama; y luego... luego, como un milano ó como fiero cóndor, que surge repentinamente del invisible azul, se precipita sobre ella, le revuelve el corazón con el pico y con las garras, la despedaza hasta reducirla á pedreguñísimos fragmentos y allí mismo se la devora.

Los que allí pretenden atentar contra la vida del Presidente, saben que están obligados á cuidar muy bien las suyas. Sin embargo, hasta en la misma Casa de Gobierno se conspira, según la palabra oficial. Últimamente sufrieron la pena de muerte un Ministro del Despacho Ejecutivo y un Gobernador de Provincia.

Después de semejantes espectáculos, Heureaux recorre solo las calles de la ciudad y no demuestra en su semblante alteración alguna.

Fue Ministro del Padre Meriño en los años de 1880 á 1882, y en el bienio siguiente le sucedió en la Presidencia de la República.

Derrocó á Billini, su sucesor, é impuso á Wos y Gil. Volvió á ocupar el poder en 1887; y, ampliado que fue el período constitucional en cuatro y siete años, ha seguido gobernando al país desde aquella época. El actual período para que ha sido reelecto termina el año de 1902.

“Con esas reelecciones—dice un escritor dominicano—ha querido el país demostrar su gratitud al Jefe del Estado, que más y mejor ha merecido su confianza y de quien, indudablemente, mayores bienes ha recibido, pues la indiscutible habilidad política del General Heureaux ha servido para asegurar la paz interior en un largo período gubernamental, durante el cual se ha podido emprender la obra de la organización política y administrativa de la República. Al amparo de esta paz permanente, ha nacido la confianza en todos los centros sociales, el trabajo activo se ha desarrollado en los campos y ciudades, la agricultura ha aumentado sus productos, el comercio su movimiento, y mayor auge las rentas públicas.

“En las otras vías del desenvolvimiento general el progreso es manifiesto: aumento de población y de edificios públicos y privados, redes de ferrocarriles y de telégrafos, mejoramiento de las vías terrestres, y todo esto á pesar de las frecuentes crisis económicas ocurridas en estos últimos años.”

Heureaux es en sociedad una persona de trato afable y de maneras cultas. Atrae con su jovialidad, pero en ocasiones esa jovialidad es cruel.

Cuéntase que en Consejo de Ministros envió á uno de éstos, antiguo adversario suyo, á que solicitase en la mesa presidencial un documento que venía á servir de comprobante en el asunto que se dilucidaba.

En la mesa no había tal documento.

—Abra usted esa gaveta, dijo el Presidente.

Al abrirla, el Ministro apartó la vista; y, como si estuviese al frente de un fantasma, palideció, mientras tanto el Presidente reía en medio del asombro de sus Ministros.

Aquel se había tropezado con un periódico, y en ese periódico, colocado con refinamiento, se leía uno de los artículos sangrientos que, años atrás, publicara el Ministro contra el Presidente.

Heureaux, aunque se precia de no leer la prensa, guarda cuidadosamente todos los periódicos en que se le censura, injuria é insulta.

Al escribirse la historia de la República dominicana, las cualidades del General Heureaux llenarán una época. No toda será de sombras, como quieren sus enemigos; ni toda de luz, como quieren sus amigos.

Para el historiador sin pasiones y sin complacencias, será una época mitad luz y mitad sombra.

TRES POETAS



Alguien ha señalado el amor como raíz fisiológica del arte. Spencer, impulsado por un análisis psicológico más amplio, señala el juego, tomado en el sentido de que “el amor

es el supremo juego de la vida.”

En lugar del amor, que carece en este caso de expansividad para caracterizar bien la filogenia del arte, y del juego, que me parece un concepto demasiado abstracto, propondría yo como justo medio la pasión. Porque también el odio,—antítesis del amor, conduce al acibarado misticismo del *Infierno* de Dante; y también la crueldad, que excluye la compasión ó el sentimiento humanitario, puede afectar un estado de alma caracterizado por una neurosis singular: Nerón.

Máxime que en la Naturaleza se esboza también el carácter de vida (siguiendo el lenguaje de Schopenhauer) que hace del arte lo primordial en lo pasional. El gorjeo del pájaro enamorado, el del ruiseñor, por ejemplo, es la esquisitez de una lírica rudimentaria que nosotros no podemos menos que admirar. Tanto es así que el arte natural y el arte humano pueden consolidarse en la reminiscencia, por la unidad elaborada por el genio, en la escena del balcón de los amantes de Verona.

El canto, el grito y el gemido son las tres expresiones, la trinidad fonética reveladora de la emoción animal, que por un enlace lógico en la evolución fisiológica es también la trinidad característica de la humana emoción. El canto es la expresión luminosa de la pasión idealizada; el grito la expresión sombría, algo así como la repulsión del alma ante el objeto emocionante; y el gemido es la penumbra, el justo medio casi, que acepta de manera pasiva la repulsión que le hiere sin energía.

De este modo el arte estético, considerado en lo íntimo de su origen humano, tiene su base en la pasión: en la voluntad, diría Schopenhauer.

De aquí también que las bellas artes (las plásticas inclusive) tengan en su exteriorización cierto enlace primordial, como una prueba de la unidad de su origen. Y es esa la causa de que muchos críticos hayan empleado, sin paradoja, las expresiones de poeta-pintor, poeta-escultor, poeta-músico . . .

**

Concretándome, pondré en evidencia la verdad de tales calificativos estudiando á la ligera el modo artístico de tres poetas venezolanos: Gabriel E. Muñoz, Leopoldo Torres Abandero y Andrés A. Mata.

Muñoz no revela, en verdad, un rumbo único en su derrotero al través del Parnaso. Es variada y en mucho su hermosa labor poética. Pero esa circunstancia no obsta para distinguir lo accesorio de lo principal en la peregrinación del simpático Proteo del numen.

Para mí, Muñoz es el poeta-pintor. Sus poesías helenistas que tanta fama le han dado, brillan más por el colorido, por la maestría descriptiva, que por las concepciones que las animan. Justo A. Facio recibe á menudo el ósculo de su musa empapado en miel ática, y, sin embargo, Muñoz no se le parece. Facio canta como cantaría Anacreonte en presencia





de una hetaira, esto es, con el erotismo de un holocausto ante el objeto de arte. Muñoz canta como idólatra del arte por el arte, y de su pluma brota algo así como pince-ladas mágicas con las que se pretendiera evocar los contornos de una hermosa alegoría de amor.

En las creaciones de Muñoz, como en las de casi todos los poetas líricos, flota algunas veces el egotismo melancólico, pero sin las rebuscadas nimiedades pasionales con que procuran exaltarse los bardos en quienes la neuras-tenia no es original, sino imitada . . .

Por eso conmueven sus cantos tristes, en los que se observa, como en los de Urbina, el efecto de una delicada naturalidad que excluye el ridículo en la expresión del dolor viril.

Para pintar bien un paisaje ó dibujar la silueta de una pasión menester es ser feliz en efectismos artísticos. Muñoz es así; y por eso, como las cuerdas de su lira son tan finas, como si dijéramos formadas de áureos cabellos de virgen que la magia del estro hace vibrar, su musa, siquiera melancólica, sollicita con el mimado, pone en sus manos un pincel para que no se rompan, porque otros roces ó caricias serían fatales.

* * *

Si la música es la bella poesía de la acústica, la poesía es, á su vez, la bella música del lenguaje. A veces la unión de las dos bellezas es tan estrecha que no podemos concebirlas de otro modo que así, en su solidaridad ideal, coincidiendo en nuestro oído y en nuestro sentimiento. Entonces el pentagrama y el ritmo forman unidos un símbolo estético único, que informa la gloria y la eternidad de las creaciones en esas nupcias del arte.

Ese consorcio obsérvese en todos los arrebatos sublimes de los grandes líricos: Heine, Leopardi, Byron, Espronceda, Pérez Bonalde, Flores, Julián del Casal. Y también en los prodigios de numen de los grandes músicos: Beethoven, Wagner, Händel, Verdi, Schubert.

Y es que en esas almas es imperioso el derroche de sentimiento para mitigar la sed de ideal que les martiriza; y por eso persiguen la vaguedad de la melodía para sus cantos, como un eco de la vaguedad de sus ensueños imposibles.

Y así como una gran inspiración no se conforma con el hallazgo de la más divina melodía, y una gran pasión no se satisface con la explosión del más dulce de los besos, así también los buenos líricos han de ser los peregrinos del Ideal, los ingénúos auto-poetas, precipitados de continuo á la desesperación ó á la melancolía: son neurópatas con la obsesión de un ¡fiat! donde la luz no se hace.

Obedeciendo á esa correlación, á menudo incontrastable, todos estos bardos tienen algo de pesimistas. Son los sacerdotes del Arte que llevan sólo ofrendas de lágrimas ante el altar del eterno femenino.

Torres Abandero es poeta-músico. Es dulce y armonioso en sus deliquios eróticos. Por poco oído poético que se posea se observa que siempre sus versos salen cantando como los de Zorrilla y los de J. J. Palma. En las lucubraciones de este bardo el efluvo de la tristeza no se vela con los raptos de orgullo del librepensador. Se ve que en él domina el artista al pensador, el corazón al cerebro.

He pensado muchas veces que estos poetas, que parecen brillar como flores exóticas, no debieran abandonar su invernadero en esta edad caldeada por el sol del positivismo; pero luego he pensado y he comprendido que su lenguaje es muy dulce y muy bello para ciertas almas, sobre todo para las que buscan en la melancolía de las ternuras idealistas un consuelo para su idiosincrasia pasional.

Y, además, ellos, á una voz, pueden constatar con orgullo mezclado con tristeza como el vate del *Intermezzo*:

“¿Quién soy?.... Un vate alemán y allí me conocen bien: si citan con noble afán nombres que gloria les den, citan el mío también.

¿Qué siento?.... Lo que yo siento lo sienten muchos allí: cuando citan un portento de infortunio y sentimiento también me citan á mí.”

Torres Abandero, allá en lo íntimo de su alma, guarda las flores mustias recogidas en un santuario de amor que la muerte destruyó; y ante ese culto del corazón del joven la crítica tendrá en cuenta la sinceridad artística que informa su hermosa labor literaria.

* * *

Nada más adecuado que el título de *Pentélicas* dado por Mata á sus poesías.



Uno lee aquellas estrofas esculturales, sediciosas, envueltas en formas rígidas, y si se da á la fantasía extraño vuelo, se cree ver grabadas ahí las estrofas de no sé qué singular poema en mármol, ideado por algún colega de Fidias para decorar el Parthenón. A veces el concepto se esfuma en la vaguedad de las abstracciones, y se creería entonces que Mata es sólo un audaz que escala con paso de sonámbulo el Parnaso; pero se revisan los toques luminosos de la construcción métrica, los contornos del monumento en rimas, y brota una sonrisa de nuestros labios que parecen murmurar: ¡qué importa que este hermoso busto carezca de alma humana si tiene fisonomía de diosa!....

El modernismo enérgico de Mata no se adapta al molde del de otros vates del continente. Tiene arrebatos bellísimos como los de Díaz Mirón, pero en estrofas intachables casi siempre, como no lo son todas las del gran bardo veracruzano.

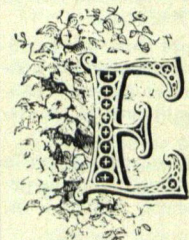
Las estrofas de Mata no podrían ser objeto de un cuadro pictórico, ni servirían para ánfora de un efluvo de armonías. Oscuras á veces, como las de un poema sibilino; majestuosas y soberbias otras, como si pretendiérase construir con ellas las arcadas de un templo lírico, servirían más bien como inscripciones explicatorias en alegorías de mármol. En esta fin de siglo, tan revolucionaria en literatura, ser, como Mata, original en la forma, es gloria envidiable.

ANTONIO S. BRICEÑO.

CIRILO CRESPO

“Era un pequeño ser misterioso como todo el mundo.”

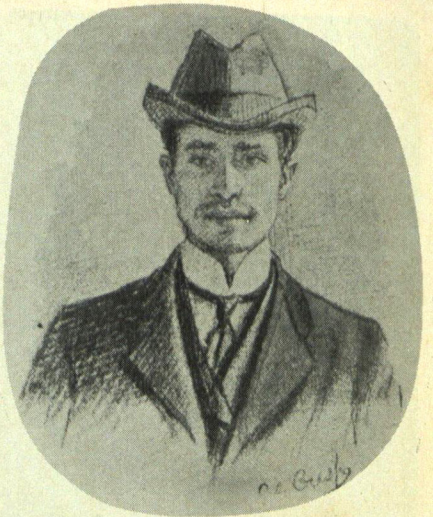
MARTERLINCK.



ESTE Crespo no descende del que en Zalamea portó vara de Alcalde ni de ninguno que blandiera bastón de magistrado en país conocido. Su nombre de Cirilo anda en comedias y obras burlescas, llevado por algún personaje grotesco; nombre de gente humilde que al ser pronunciado

público recibe la avalancha de careajadas que como guijarros le arroja la multitud. Y sin embargo, hoy que no abundan héroes ni santos cuya vida contar, la de este Cirilo Crespo, heroica casi, minuciosamente referida sería un buen ejemplo de Voluntad y de amor al Arte. Pero ahora no se trata de eso.

Desde el villorrio de San Diego, que en la cima de los Altos refúne una veintena de casas alrededor de su campanario derruido y musgoso, se vino Cirilo Crespo á Caracas, atraído por esa seducción que la capital ejerce. A los trece años andaba vendiendo cromos por sus calles para ganarse el pan.



C. A. CRESPO—Artista venezolano residente en Londres. Retrato al lápiz, por el mismo

Ya desde niño había hecho toscas imágenes de arcilla en la margen de los ríos, y animales y rostros humanos sobre la cal de las paredes y sobre el áspero papel de las pulperías. En Caracas tomó lecciones de dibujo en el taller nocturno de Jacinto Inciarte, quien reunía allí un numeroso grupo de artistas pobres, y luego bajo la dirección de Emilio Mauri, estudió en la Academia de Bellas Artes. Se puede tener una ardiente devoción artística y tener los zapatos rotos y el traje harapiento y provocar con ello las risas de los compañeros y tener hambre también. Tal era el caso de Cirilo Crespo.

Y como eran tiempos de guerra, se fué al campamento para recibir una bala ó para comer del rancho. En el Guayabo estuvo como soldado raso. Cuando cesaba la granizada de fuego y el humo y el cielo se extendían azules sobre los corazones abiertos y los lamentos, Cirilo Crespo hacía retratos de los jefes que habían logrado tomar su ración ó vender á buen precio un objeto robado, un alfiler de diamantes ó una custodia de oro. Muchas veces fijó el perfil duro y el bigote recio de su teniente á cambio de un bollo de pan.

A fuerza de marchas forzadas, bajo el sol y bajo la lluvia, á fuerza de poco comer y poco dormir, Cirilo Crespo cayó enfermo. El hospital lo recogió; su madre estaba lejos. Con el brazo aún débil supo ganarse unas monedas para irse al extranjero. Tres meses estuvo en Cartagena, tres en Colón, cuatro en Costa Rica, seis en Jamaica, y luego á Santiago de Cuba y después á La Habana en donde recibió lecciones de Urrutia el Director de la Escuela de pintura, y por último á New York. Y en esa odisea de pordiosero, en esa bohemia sin alegría, tropezando en cada eneruejada con la Miseria y vencéndola con la fuerza de su entusiasmo y la habilidad de su lápiz y de su pincel.

En New York fue dibujante del *Herald* y de otros periódicos. El *Herald* habló muy bien de un cuadro suyo de una rica luz tropical. Su “Primavera de amor” mereció ser reproducida en una de las mejores revistas norte-americanas.

En agosto de 1895 llegó á Londres, al país del *self-governement*, del propio esfuerzo, de los payasos siniestros, de la miseria sombría, en donde solo y sin la ayuda de nadie ha llegado á hacerse aceptar y aplaudir como dibujante en el *Daily Graphic*, en el *Pall Mall Magazine*, en el *Strand Magazine* y en otras publicaciones inglesas.

Vive en Londres recordando á su patria que no lo conoce y trabajando, trabajando tenazmente, cruelmente, dolorosamente para

regresar á Venezuela con un laurel en la frente, con un nombre ilustre que ofrendarle.

¿No es una vida heroica casi, digna de ser escrita en elzevirios, la de Cirilo Crespo el muchacho que á los trece años andaba por las calles de Caracas vendiendo cromos para ganarse el pan?

Sería un precioso libro ornado de ilustraciones: un campanario en ruinas y un pobre diablo por un camino y un montón de cadáveres y la luna y la muerte y hombres lívidos é hirsutos y ciudades y océanos en furia, y todo esto en un coqueto volumen de cantos dorados, atado con una cinta violeta como para un premio de buena conducta en una escuela de granujas del pueblo.

PEDRO EMILIO COLL.

JULIETA

(CUENTO)

GERMÁN Alborno, joven sevillano á quien su padre había enviado á estudiar en Inglaterra, era uno de los más simpáticos compañeros que teníamos en *Silesia-College*. Su carácter español se había modificado algo entre las nieblas inglesas; había perdido un poco de locuacidad y chispa, pero su espíritu, en cambio, se había compactado y robustecido en la atmósfera del Norte. Cuando llegó nos declamaba en voz alta, y á todas horas, largos trozos del *Moro expósito*. Dos años después recitaba en voz baja el monólogo de *Hamlet*. Aquel temperamento meridional había reaccionado enérgicamente y criado músculos en el estudio de Bacon y Maucalay. Además, según decía él mismo en su lenguaje pintoresco y algo extravagante, "había descubierto la gigantesca floresta de Shakespeare, se había internado por sus profundidades y observaba con amor y pasmo sus grandezas sombrías."

Pero estudiaba á Shakespeare por su propia cuenta y para sí mismo: tomaba notas solo, en el fondo del parque; y siempre llevaba consigo un tomito del *Hamlet*, gastado ya por el forro y plagado de notas y borrones marginales. En cambio, nunca le vimos hacer un apuntamiento en las conferencias mensuales que, con relación á Shakespeare, dictaba en el colegio el erudito Mr. Nonsense. A dichas conferencias, muy nombradas y anunciadas con anticipación en las revistas inglesas, asistían muchos literatos de campanillas, los *reporters* de los principales diarios, y aun damas de alta posición, que iban por seguir la corriente.

Era de ver cómo el crítico inglés discriminaba á Shakespeare con una erudición tan profunda que causaba vértigo: llevaba anotado, en grandes cuadernos que ponía con grave ademán sobre la tribuna, todo lo que había encontrado en las excavaciones practicadas por él en la obra de Shakespeare: nos enseñaba cuántas líneas de prosa y cuántas de verso tenían las obras del gran dramaturgo; nos decía con toda precisión cuántas veces ocurría el verbo *amar* en *Romeo y Julieta*, y cuántas el verbo *odiar* en el *Otelo*; sabía cuántos miles de palabras componían el vocabulario de Shakespeare; tenía la lista completa, con fechas y lugares, de todas las ediciones shakespearianas que se habían hecho en el mundo; y aun nos refería con cierto aire de misterio, y merced á largas investigaciones que él mismo había efectuado en Stafford-upon-Avon, qué había comido el poeta en sus últimos años y de qué color era el vestido que usara en sus últimos días. Entre tanto los discípulos tomábamos notas,

llenos de pasmo; los *reporters* esperaban el momento de correr á disputarse los manuscritos; y las damas abrían, asombradas, sus grandes ojos azules, si bien es cierto que á veces disimulaban algunos bostezos mordiendo la punta de los guantes.

Un día llegó Mr. Nonsense más erudito que nunca. Colocó á Shakespeare sobre la plancha anatómica, sacó el escalpelo, y empezó el estudio; descuartizaba miembro por miembro, cortaba aquí, observaba allá, diseccionaba el corazón, contaba los nervios uno á uno. Jamás le habíamos visto tan implacablemente sabio. Hizo un estudio sobre los animales de los dramas de Shakespeare. Todos los animales que el poeta cita en sus obras pasaron por la tribuna del orador, clasificados y ordenados, como en otra arca. Mr. Nonsense nos enseñó que Shakespeare, en los epítetos y expresiones sobre ciertos animales, no había hecho sino plagiar á otros poetas ingleses, á Gower, á Chaucer, á Spencer, á Marlow. Demostró que también había plagiado, para el mismo fin, á Virgilio, Plinio, Ovidio, y aun muchas frases de la Biblia. La famosa descripción del león, que hay en uno de los dramas, resultó ser de Plinio; y unos conceptos sobre el buitre, eran del *Prometeo* de Esquilo; los célebres párrafos sobre el caballo, en *Venus* y *Adonis*, eran copias de Du Bartas, y el conocido trozo del *Enrique V* sobre las abejas, era del *Euphues* de Lyly, quien á su vez lo había tomado de un hermoso pasaje de Virgilio, según lo probó el profesor leyéndonos el libro IV de las *Georgicas*. ¿Y por qué alabar la nomenclatura de los perros, que hallamos en *Macbeth* y en el *Rey Lear*? Nada de original tiene, pues está tomada de la *Vuelta al Parnaso*. Una imagen sobre los abejones que hay en el drama *Pericles*, le pertenecía á Suffolk, y otra sobre la reina de las abejas, que trae el *Timón de Atenas*, era de *Jas Furias* de Du Bartas. Los epítetos que Shakespeare les aplica á ciertas aves, tampoco son suyos, según lo probó nuestro profesor amontonando citas sobre citas y cogiendo libros tras de libros: la expresión de "la alondra matinal," resultó ser de Lyly; "la atrevida alondra," de William Browne; "la gozosa alondra," de Spencer; la alondra "mensajera del día," de Chaucer; y la alondra "que saca al día de su letargo," de Chester.... Y así seguía y seguía Mr. Nonsense, aglomerando anotaciones, sacando tomos de su faltriquera, mareando al auditorio con sus oleadas de pasajes que se sucedían con monotonía implacable.

Todos, llenos de admiración, bostezábamos.

Sólo había allí un individuo que no admiraba á Mr. Nonsense: era Germán Alborno, que entre dientes decía, lleno de cólera mal reprimida: "¡Profanación, profanación!" y ponía la cara de un bonzo que viera profanada la pagoda y pisoteado el ídolo.

Para desquitarnos de aquella *profanación*, resolvimos Germán y yo ir aquella noche al teatro de *Drury-Lane*, donde daban á *Romeo y Julieta*. Llamaba allí la atención de todo Londres la actriz miss Ethel Fox, que había hecho su estreno en esa temporada. Por los periódicos sabíamos que era hija de un irlandés casado con una hermosa napolitana. Su padre era harto acomodado, pero ella, por vocación irresistible, se había consagrado á las tablas y en el papel de *Julieta* había resultado admirable.

Cuando llegamos á nuestras butacas ya habían alzado el telón. En aquel momento Julieta no estaba en el escenario. Cuando se presentó, una salva de aplausos atronó el teatro.

El escenario representaba el cuarto de Julieta. Por un capricho de la actriz, en el mobiliario no resaltaba ningún color vivaz, ninguna tinta fuerte; no sólo había suprimido

los colores hirientes, el rojo, el azul, el amarillo, sino hasta los matices sonrosados que el escenógrafo había deseado dejar en algunas cortinas.

El tono general del aposento, en las telas que cubrían los muros y el suelo, era de un gris suave opaco; sobre esa opacidad de los tapices se destacaban, en tinta más clara, los muebles venecianos, forrados en raso lechoso y bordados con escudos y cifras de plata oxidada. A un lado se abría un balcón con rica balaustrada de mármol blanco, y por ese ancho espacio entraba el fulgor de la luna, que dibujaba sobre la alfombra gris un cuadro luminoso. Julieta, vestida de raso aperlado, se colocó al rayo de la luna y, con su blancura de azucena, formó como el centro radiante, como la nota principal en medio de aquellos tonos pálidos que, desde la claridad del balcón hasta las últimas sombras del fondo, iban decreciendo poco á poco en una escala melódica que se extinguía suavemente en las tinieblas.

El espectador experimentaba cierto deleite visual al recorrer con vaga voluptuosidad aquellas gradaciones de luz y sombra que producían en la retina vibraciones tenues y como aterciopeladas. Y se adivinaba que en aquel retrete aleteaba un alma llena de blandura, llena de languideces enfermizas, de carifosas melancolías.

Y comenzó luego el diálogo de los amantes:

«JULIETA. — ¡Cómo! ¿Ya quieres irte? Aún tarda el día. Fue el ruiseñor; no fue, no fue la alondra. Quien alarmó tu receloso oído; Todas las noches en aquel granado Su canto ensaya: él era; ¡oh dueño amado! Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

«ROMEO. — Fue la alondra del alba mensajera, No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente Cuál de las rotas nubes orla el borde Ya la envidiosa claridad? Enfria De la estrella las pálidas vislumbres De la montaña en las brumosas cumbres Raya risueño y se levanta el día. Si parto, vivo; si le aguardo, muero.....»

El aposento empezaba á iluminarse tenuemente con la luz del alba. Romeo estrechaba por última vez la mano de Julieta y se acercaba á la balaustrada de mármol. En las pupilas de la amada se dibujaba la agonía de los supremos adioses; el pecho y el cuello se le henchían con la oleada de un sollozo. Pendiente del balcón temblaba la escala de seda.

«JULIETA. — Bien sé que matutina luz no es ésta, Quédate aquí conmigo todavía.....»

Germán, al verla, se sacudió en la butaca, herido por la emoción, y se puso súbitamente pálido. Nada me dijo, pero le temblaban los labios.

La belleza de aquella Julieta, mezcla de tipo inglés y de hermosura romana, era en verdad una belleza extraña, exótica; sobre la palidez transparente del cutis, á la luz de la luna, se destacaban sus ojos de italiana, unos ojos grandes, invadidos por cierta languidez soñolienta. Fuese ó no sugestión, la joven los volvió hacia el lugar donde estábamos, y los detuvo en Germán, que la miraba como un alocinado. Al cruzarse las miradas, Germán sufrió una nueva conmoción. Pasó una hora sin que hablara una palabra.

Temí que aquella conmoción extrema pudiera hacerle daño, pues con frecuencia sufría de fiebres nerviosas; y logré que al concluir el segundo acto saliéramos del teatro.

—Lo comprendo —me dijo después de que anduvimos largo rato al aire fresco, —te estarás riendo de mí. Estoy hecho un enamorado de novela, ¿no es verdad? Yo, que me burlo de todo romanticismo..... Pero estas cosas pasan..... No hablemos del asunto.

Caminaba él cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo. Una oleada de luz y de ruido nos inundó de repente. Para distraer á Germán le propuse que entrá-

ramos al *Café Ruso*. Nos sentamos. Mientras yo le hablaba largamente, el sevillano, sin apurar la media pinta de cerveza que tenía delante, clavaba los ojos, viendo sin mirar, en las venas azules del mármol de la mesa. De pronto se levantó, dando un resoplido.

—No resisto más....

¿Me acompañas?

Caminamos precipitadamente, para alcanzar al final del drama. Cuando ocupamos nuestras butacas, concluía ya el último acto. Hechos nuestros ojos al resplandor de los mecheros que ardían á la entrada del teatro, nada distinguíamos al principio entre la oscuridad del escenario. Poco á poco, de entre la sombra fueron surgiendo algunos perfiles vagos: de la cripta colgaba una lámpara de bronce, en que agonizaba una luz funeral; en el centro, la masa de una tumba de mármol negro; en los pliegues de un ancho manto de terciopelo, que se bebía la luz, se retorcían, en confusos bordados, los dragones de los Capuletos; sobre aquel manto, un féretro; en el féretro, cada- vérica y rígida, Julieta.

El escenario está lleno de angustioso silencio. Luégo resuenan pasos en el panteón. Después de la escena con Paris, entra Romeo embozado en su capa, anhelante, desgrefiado, con la fatiga del viaje en el semblante, se arroja hacia la tumba y se arrodilla al pie del féretro.

—«¡ Ah, Julieta, mi amada! ¡ Julieta! ¡ Todavía tan hermosa..... ¡ Julieta! ¿ Me atreveré á creer que la muerte misma te ama y te respeta? » Y el amante, con la fiebre de la angustia, le alza la cabeza, que cae descoyuntada sobre el hombro de Romeo.

—«..... ¡ Julieta! Los gusanos de la tumba son tus camareras...! »

Y vuelve á alzarle la cabeza, que de nuevo se descoyunta y golpea la caja mortuoria.

.

En los días siguientes Germán no obtuvo permiso del Director para salir del Colegio; nada me decía, pero se paseaba por su cuarto, por el jardín, por las aulas, con la inquietud febril de un tigre enjaulado. Una mañana le encontré pálido; estaba leyendo el *Grapiche*; el periódico anunciaba que la admirable Ethel Fox—la célebre *Julieta*—por indicación de los médicos, cortaba la temporada de Drury-Lane, y pronto saldría para Niza, en busca de clima abrigado. Germán tiró á un lado el periódico, se puso el gabán, y sin temer la violación de

la disciplina, salió del Colegio. Tomó un coche y llegó precipitadamente á Drury-Lane. El teatro estaba desierto; los pasillos sombríos; el escenario devolvía la voz de un modo cavernoso. Un viento mudo hacía tiritar los

tarjeta con la dirección, y volvió al Colegio.

Al día siguiente recibí otra tarjeta, de Ethel Fox, en que se despedía para Niza, donde, decía, «esperaba verte.»

Germán le escribió á su padre manifestándole el deseo de descansar un poco en una vuelta por el continente. No sé si le hablaba de enfermedad, pero si lo hacía, no se alejaba de la verdad, pues una fiebre nerviosa lo estaba minando sordamente. Dos semanas tardó la respuesta. «Si es para viaje de provecho, viaja, hijo, y gástate medio olivar,» decía el sevillano viejo. Germán me dio un abrazo y se marchó.

Un mes estuvo ausente. Cuando regresó, estaba aún más pálido; pero ya no tenía aquella inquietud nerviosa. Le embargaba una melancolía profunda y serena. Me abrazó en silencio. Nada me dijo; nada quise preguntarle. Estuvo taciturno; escribió, retirado al fondo del parque, algunas estrofas; pero reanudó con toda formalidad sus estudios. ¿Qué le había sucedido durante el viaje?

.

En la misma semana de su llegada nos citaron para la conferencia de Mr. Nonsense. El salón se llenó, más que nunca, de selecto público, entre el cual se destacaban algunos ilustrados *reporters* numerosas damas y los dos directores de la *Kensington Review* y del *Marlowe Magazine*. Los estudiantes lápiz en mano, estaban afanosos por llenar de notas sus cuadernos. El estudio del sabio profesor iba á versar, según lo apuntaban los iniciados en tan altos secretos, sobre «las onomatopeyas que se hallan en *Romeo y Julieta*.»

De pronto se presentó el Rector en el salón, y algo confuso anunció que Mr. Nonsense, con su acostumbrada puntualidad, había llegado á la hora exacta, pero que no podía dictar la conferencia por haberse extraviado en el camino sus cartapacios, donde venían encerra-

das las esperadas onomatopeyas. Añadió que para suplir, y como un estímulo para los estudiantes, alguno de los discípulos del colegio, sirviéndose de notas tomadas anteriormente, diría algo sobre el mismo drama de Shakespeare. Y al efecto, el Rector nos invitó uno por uno, pero todos nos fuimos excusando, temerosos de salir á la tribuna delante de aquel imponente auditorio. Cuando se llegó á Germán, éste aceptó, y modestamente atra-



ROMANA. — Dibujo de lápiz, por C. A. Crespo (Londres)

lienzos de las decoraciones. Una vieja, que se arrastraba por aquellas sombras como una lechuza, le dio á Germán las señas de la casa de Julieta. Acudió allí. Ella había salido, y no pudo verla, aunque aguardó una hora. Germán pidió papel y le escribió cuatro líneas, torcidas y temblorosas, en que le decía que la amaba; luégo pensó que aquello era ridículo, bueno sólo para novelas románticas, pero no para la vida real, y rompió la carta. Dejó su

vesó aquella concurrencia que, entre chasqueada y enriosa, le apuntaba con todos los binóculos. Yo me estremecía al verlo ya en la tribuna, asilado en aquel puésto de honor, en medio de una multitud dispuesta más á la burla que al aplauso. Aunque él conocía perfectamente el idioma, ¿cómo iba á desarrollar su asunto, sin prepararse debidamente? ¿Cómo reemplazaría á Mr. Nonsense sin llevar un arsenal de anotaciones? ¿Qué iba á agregar sobre Shakespeare, después de que el profesor ya había escrutado, analizado, desmigajado todos los asuntos? ¿Qué sabía él sobre las *onomatopeyas*? Y todo aquello me lo preguntaba yo mientras veía, alarmado, á los *reporters* y eruditos codearse y enarcar las cejas con cierto aire de desprecio perfectamente británico. Las damas, sin embargo, habían simpatizado con el joven: la fisonomía interesante, el aspecto meridional; hasta cierto desorden artístico del cabello, la expresión de soñador intenso que revelaban los ojos, todo era para ellas una novedad, y desde lejos lo saludaban con amables sonrisas, que Germán, recogido en su interior, como repasando sus sentimientos, no alcanzaba á notar.

Principió el exordio. Reinaba un silencio de tumba: se alcanzaba á oír el leve aleteo de un abanico. Anunció Germán que tomaba por tema, según estaba señalado, el drama de *Romeo y Julieta*; pero agregó, con acento en que algún *reporter* creyó encontrar cierta ironía disimulada, que no se hallaba dispuesto á hablar sobre las *onomatopeyas*. Con cierta veneración religiosa entraba en el asunto.

«..... A Shakespeare deseo estudiarlo recorriendo, por mi falta de anotaciones, un camino distinto del que transita el respetable Mr. Nonsense (*movimiento de disgusto entre los reporters*). No soy capaz de analizarlo en esa forma: sólo me siento capaz de sentirlo, particularmente si se trata de un drama como *Romeo y Julieta*, drama que es todo amor, ternura y agonía» (*aprobación entre las damas*).

Es sin duda un atrevimiento el querer explicar lo que Shakespeare pretendiera simbolizar en alguna de sus creaciones, y aun se llega á creer que él no se propusiera formar símbolos con ellas, si se atiende á la vida real que tienen, hasta en los menores detalles, todos sus personajes: Hamlet mismo, entre las vaguedades y nieblas de su locura luminosa, camina, habla, come, bebe, suda, con toda la realidad de nuestra carne. Sin embargo, esas creaciones á veces parecen símbolos colosales: Oteló es la pasión que mata en el ánimo la reflexión; por el contrario, Hamlet es la reflexión excesiva que destruye la pasión. El Rey Lear es la generosidad, pagada con la ingratitud; Yago, la traición; Kent, la amistad. Y tal parece que en este poema-tragedia de *Romeo y Julieta*, el genio taciturno de Shakespeare, disgustado acaso ante tantas pequeñeces de la existencia; enamorado quizás de la paz de la tumba; desencorador de este mal enredo dramático que se representa en el teatro del mundo, y arrobado tal vez ante las armonías que restablece el

sepulcro; tal parece que hubiera querido, con su ironía trágica, escarnecer la vanidad de la Vida y ensalzar la grandeza solemne y reparadora de la Muerte.

«Dulce y melancólico argumento aquel en que van de brazo el Amor y la Desgracia. Al canto alegre del idilio responde allí, á medida

agonizar á distancia, revoloteando inútilmente por juntarse; y se abaten al cabo, una en pos de otra,—rotas ya las plumas de las alas casadas—en el playón solitario de la muerte!»

«El tenía el alma de poeta; ella era la inspiración misma; con poco habrían sido felices; fácilmente habrían realizado su ensueño: les habrían bastado unas horas tranquilas á la sombra de ese árbol del jardín donde cantaba la alondra; una barca para deslizarse con sus ilusiones por las aguas tranquilas de algún canal solitario de Venecia. Ellos tenían el amor, la inspiración, la belleza; y sólo le pedían á la suerte lo que el mundo les concede á otros con tanta facilidad: el olvido.»

Las repeticiones, ciertas antítesis exageradas, el colorido meridional, algunos brochazos de efecto inesperado, todo esto, mezclado en la ingenua improvisación del sevillano, tenía para aquellos espíritus ingleses el atractivo de lo exótico. El hielo de esos temperamentos que en otras ocasiones se alumbraba con la aurora boreal de Mr. Nonsense, ahora se deshacía al calor de esa imaginación fervorosa.

Las señoras aplaudían. El redactor de la *Kensington Review* protestaba contra tales novedades. Las opiniones se dividían, discutían los discípulos y los profesores, los *reporters* tomaban nota sobre aquel estado del auditorio. Albornoz, sordo á ese oleaje que se formaba en torno suyo, sólo parecía oír los ecos de alguna voz lejana.

«La vida, tan serena para otras existencias menos puras, fue toda de tempestad para ellos; y sólo al morir se unieron, cuando ya los labios estaban demasiado fríos para la frase de amor, y las manos, crispadas por la agonía final, ya habían olvidado las delicadezas de las caricias. Y así como á veces vemos en la playa, tras la borrasca, á alguna vieja triste y caritativa que recoge los restos de un naufragio y saca á la arena, con la mano huesosa, los cadáveres que el mar arroja, así vemos, en las postimerías de este drama lúgu-

bre, á la Muerte con mano compasiva recogiendo y abrigando bajo su manto negro los dos cadáveres desencajados que le arrojó el oleaje de una existencia tormentosa. Y tal parece que la Muerte dice: «Comparad la acción de mi rival, la Vida á quien todos alaban, con la acción de la temida Muerte, de quien todos maldicen. La Vida persiguió á los amantes: si la alondra cantaba, era para turbar sus ensueños; si despuntaba el día, era para truncar las entrevistas de amor. Yo acojo á los amantes; les doy para sus citas mis sombras eternas; uno aquí para siempre sus manos pálidas. Hasta mí no llegarán los enredos vulgares de la suerte. Aquí, en mi sótano oscuro, yo junto sus cabezas para siempre, y como una madre amorosa, echo sobre ellos mi manto. La lamparilla del panteón alumbrará la cámara nupcial..... Dormid, castos esposos..... La vida, con sus días y sus noches, con su sol y sus cielos estrellados, con sus gra-

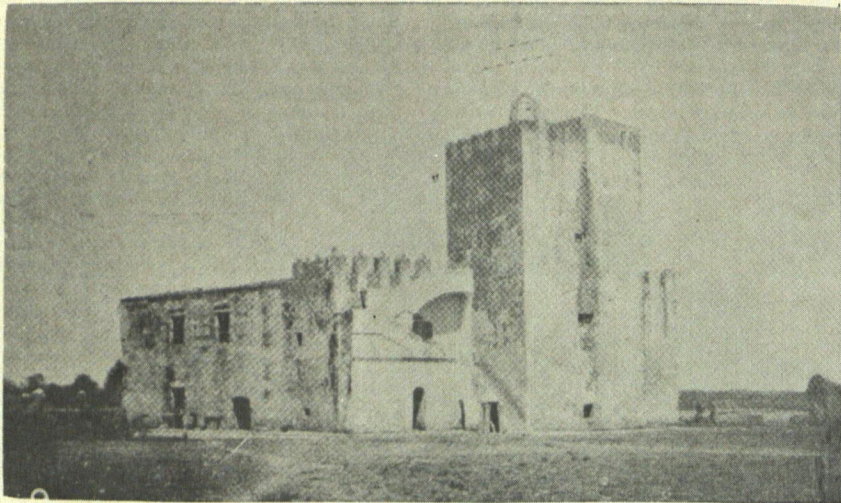


ESTUDIO PARA EL CUADRO «EL DOCTOR».—Por C. A. Crespo
(artista venezolano residente en Londres)

que la escena avanza á su final catástrofe, la voz gemidora de la elegía. Al canto del ruiseñor que trina al pie de la ventana donde platican los dos enamorados, responde luego el chillido del buho en el cementerio donde Romeo va á buscar, dormida en el féretro, á la pálida Julieta.....»

La voz de Germán temblaba un poco, y en su emoción tal parecía que estuviera tocando una historia enlazada de algún modo con su propia vida. Su voz meridional, alternativamente sonora y amortiguada por la sordina de una oculta melancolía, llenaba el salón con tonos musicales. El auditorio estaba atento y simpatizaba hasta con esas imágenes, algo extravagantes á veces, que el sevillano expresaba con acento conmovido.

«Pobres almas—proseguía,—pobres almas esas dos, formadas acaso desde la eternidad para cruzar juntas el valle de la vida, unidas en un mismo vuelo amoroso, tocándose las puntas de las alas; y destinadas, sin embargo, para



SANTO DOMINGO. — Torre del Homenaje en el interior de la Fuerza — Arriba el Vigía, Prisiones públicas y cárcel política

nados en flor y sus ruiseñores cantando, no supo brindarles ni una aurora risueña, ni una sombra apacible, ni una canción alegre. Yo, la temida Muerte, con sólo mi sombra eterna, les brindo aquí para su unión la paz solemne, el silencio inmutable.»

* * *

Pasaron meses. Germán no había querido referirme lo sucedido en su viaje á Italia; yo respetaba su reserva, pero adivinaba una honda tristeza, y que él guardaba, con cierto egoísmo amargo, el secreto y el desenlace de aquella pasión que había principiado inesperadamente una noche en el teatro de Drury-Lane. Sólo con mirar á Germán se notaba que todo era dolor en su alma de poeta. Sus ojos tenían una fijez a la vez dulce y trágica; y el mirar esa mirada daba amargura.

Una tarde mi amigo se me llegó y me tomó del brazo. Era una tarde de otoño, esplendorosa y fría. El sol, ya declinado, untaba con suaves brochazos de oro el techo de la casa y las copas de las encinas. Resplandecía una hermosura helada en el paisaje: todo el esplendor moribundo del pasado estío flotaba mezclado con las tristezas venideras del invierno.

—¿Quieres remar un rato?

—Vamos á remar.

Y seguimos de brazo por las praderas

que embalsamaba el heno recién segado. Ibamos en silencio, y en silencio nos seguían nuestras sombras, dilatadas por la llanura de un modo grotesco é inexplicablemente triste.

hilos de helechos y musgos pálidos. Debajo de nosotros, el mismo arco reflejado de un modo fantástico. Del lado del poniente, al través de las hojas verdes, brillaba la franja roja del ocaso, con resplandor de incendio. El sol moribundo ensangrentaba las aguas del río.

—¿Quieres saber detalles de aquel viaje? Te vas á reír de mí..... Yo mismo me burlo de esas cosas..... Te autorizo para reírte.

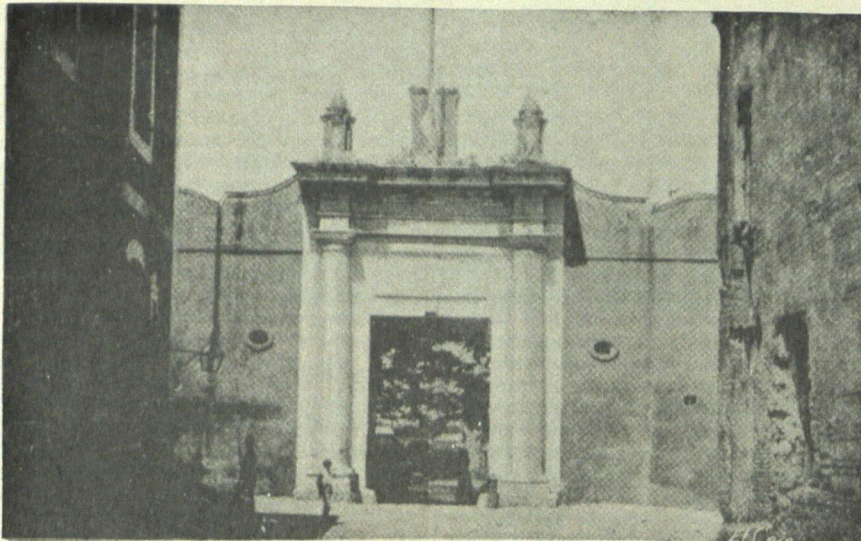
Y empezó á contarme el viaje con pormenores sobre su partida, un disgusto con el cochero, la pérdida de la maleta en Calais, la pésima travesía de la Mancha; todo esto referido con rodeos, alargando las circunstancias, deteniéndose en mil cosas insignificantes, como temeroso de llegar al cabo del viaje..... Por fin se vio precisado á entrar más de lleno en el asunto.

—«Llegué á la estación de Niza á las once de la noche. Sin tiempo para más, lleno de impaciencia, me envolví en mi capa española y corrí al teatro. Dado mi vestido, no podía ocupar una butaca en el rondel; pero pude entrarme por los pasillos de los cómicos, y me coloqué entre bastidores, donde lo extravagante de mi capa era menos notable, pues se confundía con los vestidos de los actores que se paseaban por ahí aguardando á que los llamase el trapunte.

«Me asomé al escenario. Daban el *Romeo y Julieta*, y ya iban en el quinto acto. Era la escena aquella en una calle de Mantua, en que Romeo recibe la noticia de



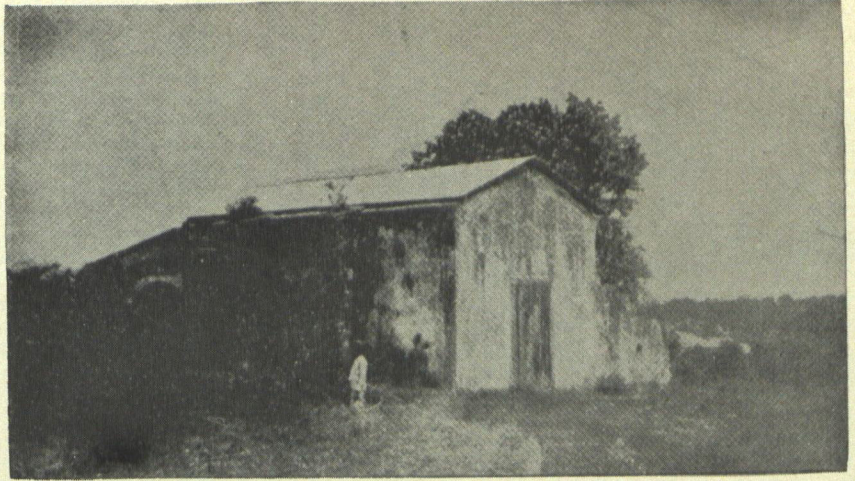
SANTO DOMINGO. — Vista interior del templo de San Francisco, en ruinas



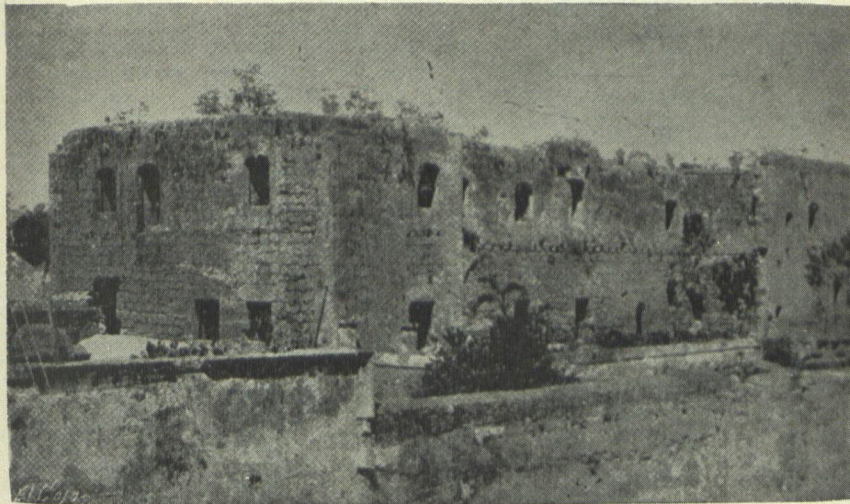
LA FUERZA. — Portada construida bajo el reinado de Carlos III en 1787 Da acceso á la fortaleza, cuarteles, parques, etc.

que Julieta ha muerto. Me estremecí y sentí que la sangre se me helaba. Acostumbrado á ver á Ethel en el papel de Julieta, formaban para mí una sola persona. ¡Qué lenta se me hizo la escena en que Romeo alquila los caballos y se prepara á correr al lado de su amada! Ya debía llegar la escena del panteón, en que Julieta aparece en el féretro, con su vestido de desposada. Temblaba yo, deseoso de verla, pero á la vez angustiado, juzgando de mal augurio el verla, después de nuestra ausencia, haciendo de muerta, tendida en la caja mortuoria. Y como estaba enferma, ¡qué terrible verdad no se veía, al fingirse como muerta, con sus facciones adelgazadas por la tisis!

«Pasó luego la escena de la celda de Fray Lorenzo; y en seguida vino el anhelado cambio de decoración. Apareció el cementerio, oscuro y triste; de la cripta colgaba una lámpara de bronce, en que agonizaba una luz funeral; en el centro la masa de una tumba; en los pliegues del manto de terciopelo se retorcián los drago-



SANTO DOMINGO. — Ruinas del templo "El Rosario"



SANTO DOMINGO. — Casa del Almirante — Ruinas del Palacio de Gobierno

nes de los Capuletos; sobre aquel manto un féretro, en él mi Julieta, con una palidez mortal en el semblante y un par de círculos morados al rededor de los ojos. ¡Eran aquellas ojeras efecto de la pintura ó de la enfermedad? No sospechaba ella que ahí mismo, á pocos pasos, estaba yo observándola, detenido el aliento y apretándome el corazón con ambas manos.

«De cuando en cuando Julieta se estremecía, con un estremecimiento del pecho, como si contuviera la tos. La tisis obligaba á aquel esfuerzo á la fingida muerta. Aquella lucha debía de serle angustiosa. Para verla más de cerca me escurrí por detrás de un telón que simulaba uno de los muros del cementerio. Allí pude verla á pocos pasos. ¡Qué pálida, que cambiada estaba! Las ojeras amoratadas eran ojeras de enferma. La tos, reprimida con violencia, sacudía interiormente aquel cuerpo adelgazado. Entre los paños mortuorios se destacaba su cara con una expresión de verdadera muerte. En la lividez de las mejillas se destacaban dos puntos de color encendido, como si tuviera una hoja de rosa en cada pómulos.

«De pronto la sacudida del pecho fue más violenta, y Ethel se puso morada primero, luego súbitamente pálida. Comprendí que sufría un accidente. Salí de allí y llamé en los pasillos, pero todos, en el vaivén de las maniobras ú ocupados en reparar sus papeles, estaban sordos ó no entendían.

«Volví á las tablas, tiré á un lado el sombrero, y envuelto en mi capa, sin pensar en el público, anhelante, atravesé el escenario y corrí hacia Julieta. Estaba todavía más demacrada.....»

Germán calló por algunos momentos. El ocaso, que divisábamos por entre el encaje de yedra, de rojo, se había puesto verdoso. La sombra se cernía sobre nosotros con melancolía creciente. Soplaban un viento mudo, que á compás golpeaba tristemente el agua contra el costado de la barca.

—«Me arrodillé al lado del féretro (continuó Germán). Le tomé las manos á Julieta; las tenía frías, y fría también la frente. Le había dado un síncope. Le alcé la cabeza, que volvió á caer, descoyuntada, sobre mi hombro. Entouces llamé, con un grito de angustia terrible y fuerte:

—«¡Julieta!

«En el redondel me contestó el trueno de un aplauso.

—«¡Ah..... mi amada Julieta! volví á gritar, enloquecido por la angustia.

—«¡Bravo, Romeo! clamaba el público.

—«¡Julieta.....! grité con mayor agonia, queriendo dominar el clamoreo de los espectadores.

«Ella, á mi voz, abrió al fin los ojos, que se llenaron de asombro al verme.

—«Me muero, dijo débilmente, y volvió á cerrar los ojos.

«Su cabeza, desmadejada, golpeó la caja mortuoria.....»

JOSÉ RIVAS GROOT.

MEDIOEVAL

(REMINISCENCIA GERMÁNICA)

Lleno se encuentra el circo: las más hermosas damas asoman de la corte bajo el amplio dosel. Al viento se estremecen los regios oriflamos, y las cotas de acero brillando como escamas aquí y allá se esparcen por todo el redondel.

La nobleza y el pueblo con sus vistosos trajes asisten á una lucha famosa en el país; y la plata y el oro, la seda y los encajes con las plumas y golas confúndense en oleajes á la luz meridiana, cambiantes de matiz.

A un oso, entre las garras tiene ya moribundo, un león formidable que se alza vencedor. En desafío lanza rugido tremebundo al pueblo, que responde con un clamor profundo que es mitad entusiasmo y otra mitad horror.

Willda la desdefiosa, la pálida condesa, asiste á aquella lucha radiante de beldad. Un mancebo la mira..... Cuánta dulce promesa escapa de sus ojos, aunque ella, fría, expresa que corazón no tiene, que ignora la piedad!

De pronto, sonriendo con extraña sonrisa, la dama ve al mancebo y dice en alta voz: —«El que llevar pretenda mis armas por divisa, devuélvame este guante, devuélvame lo aprisa si es que miedo no siente y es digno así de nos''.....

Willda arroja su guante al pie del león furioso y vuelve hacia la corte su semblante, feliz..... Ha humillado al que un día no la deja en reposo, al que una vez le dijo: «Por llamarme tu esposo las hazañas cumpliera del célebre *Amadis*!''

Pero, el mancebo loco de amor y de despecho, salta sobre la arena, camina hacia el león que le aguarda terrible al par que satisfecho, empapado de sangre desde la boca al pecho, con una garra en alto y la cola en tensión.

El amante de Willda, con el izquierdo brazo escudase, envolviendo la capa en el revés, y libre al primer choque del más feroz zarpazo, rompe el cráneo á la bestia con un certero hachazo que de golpe y sin vida la rinde allí, á sus pies.....

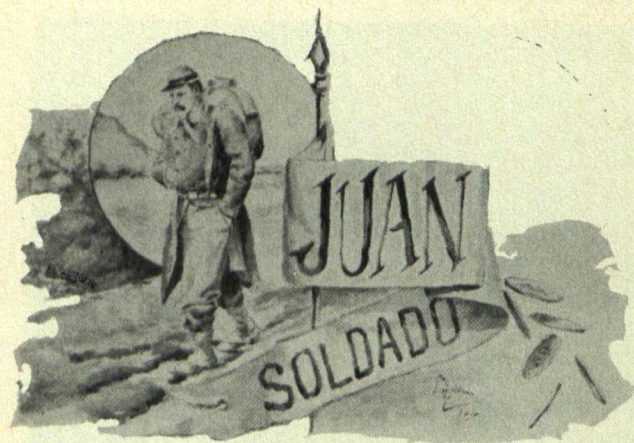
Gloria! gloria! repiten las voces por millares; El rey se ha levantado: saluda al triunfador; vuelan al circo gorras y cintas y collares, y Willda que ha seguido la lucha y sus azares, extendiendo la mano premiar quiere el valor.

Entonces, aguardando que calme aquella grita, dice á Willda el mancebo su guante al levantar: «Guarda esa noble prenda que para mí es maldita! «Un corazón honrado tu amor no necesita,» «Fiera más que la fiera que acabo de matar!''

CARLOS G. AMÉZAGA.

Lima.





CUENTO ANDALUZ

(Por José María de Heredia, de la Academia Francesa)

I

Dios me asista! dijo Juan Soldado ajustándose las correas de su saco: héme aquí libre y sin otro capital, después de haber servido veinticuatro años al rey, que seis maravedises y una libra de pan. Pero, ¿á qué desesperarme y hacerme mala sangre? A la gracia de Dios.

Y marcó maquinalmente el paso, cantando de camino:

Una rosa me dio Carmen,
Un clavel Rosa me dio,
Entre el clavel y la rosa
La rosa prefiero yo.

Aquel día nuestro padre Jesús, con San Pedro por guía, andaba por el mundo en busca de personas caritativas, y mendigaba por los caminos: Juan Soldado lo encontró. San Pedro, que gracias á su cabeza calva y á su larga y blanca barba parecía más digno de compasión, le pidió una limosna.

¿Qué tengo de dar?—dijo Juan Soldado. Después de haber servido veinticuatro años al rey vuelvo á la vida civil ya viejo para procurarme el sustento y sin otra fortuna que una libra de pan y seis maravedises que me han remitido con mi hoja de retiro. Sin embargo, partiré el pan con vosotros.

Tomó un cuchillo, hizo tres partes del pan, les dio dos y guardó la otra.



Dos leguas más adelante Juan Soldado volvió á ver sus dos mendigantes: San Pedro le tendió la mano.

—Me parece que ahora rato os he dado limosna; y que os conozco, viejo calvo. En fin! bien que después de haber servido veinticuatro años al rey no tengo sino una libra de pan y seis maravedises, y que, de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con vosotros.

—Ah! viejo malicioso, dijo Juan, riéndose; puesto que sabes mejor que yo la suma de monedas que tengo, toma; y le dio cuatro maravedises, no guardando sino dos. Qué voy á hacer con dos maravedises? dijo Juan, mirándolos y remirándolos en el hueco de su mano. No me queda más recurso que unirme como un buey y matarme de trabajo para no morir de hambre. Y se alejó muy pensativo.

—Maestro, dijo San Pedro al Señor:—Vuestra Divina Majestad debería hacer algo por ese pobre diablo que, después de haber servido veinticuatro años al rey, no tiene de retiro sino seis maravedises y una libra de pan, que ha dividido con nosotros. Aunque un poco familiar, fue caritativo.

—Está bien, respondió el Salvador, llámalo y preguntale qué desea.

Juan Soldado, después de reflexionar largamente, pidió, y le fue concedido, el don de hacer entrar todo lo que quisiera en su saco vacío, con sólo su mandato.

Un poco más lejos vio Juan por las entreabiertas hojas de una puerta, colocados en una mesa, unos bellos, redondos y grandes bollos de pan, blancos como jazmines; y, suspendido del techo, todo un rosario de salchichas, mortadelas, embuchados de cerdo, de varias clases, que parecían decir:

—Comedme.

—Al saco! gritó Juan, con el tono de un sargento en la maniobra.

Y los panecillos rodando como aros y los embuchados con aleteos de culebra, fueron ágiles y derechos al saco, sin atender á los gritos de las maritornes y huéspedes, que corrían tras de ellos con tales zancadas que un pie no veía marchar al otro, y sin ningún resultado pues el pan volaba á toda carrera y los embutidos se resbalaban entre los dedos con la

agilidad de las anguilas.

Juan, que de ordinario comía más que un ogro, y tenía aquel día más apetito que Dios paciencia, se dio un atracón de padre y muy señor mío.

En la noche llegó á una villa, y en su calidad de militar retirado se dirigió hacia la casa municipal en busca de su billete de alojamiento.

El Alcalde le dijo que si era buen cristia-

no y tan valiente como debía ser un soldado de Su Majestad Católica, le proporcionaría alojamiento en un sitio vecino, agradable y abundante de todas las cosas buenas que Dios creó; pero deshabitado desde algún tiempo porque su dueño, incrédulo y pecador endurecido, había muerto sin confesión.

—Señor Alcalde, respondió nuestro hombre:—Juan Soldado no debe ni teme nada: inmediatamente tomaré posesión de la casa del difunto.

El Alcalde no había engañado á Juan Soldado: la casa era espaciosa, la cava selecta y la despensa de las mejores provista.

Juan se instaló, y en previsión de la tempestad lo primero que hizo fue llenar de vino una gran bota; porque juzgaba la sangre de borracho bastante caliente para carretear el miedo.

Apenas se había sentado cuando oyó una voz profunda en la chimenea.

—Puedo bajar?

—Baja si te place, respondió Juan, alumbrado por los ricos tragos que se había echado entre pecho y espalda. El que ha servido veinticuatro años al rey sin sacar otra cosa

que una libra de pan y seis maravedises, no teme ni debe nada.

No había concluido su relato cuan-



do vio caer delante de sí la pierna de un hombre.

Juan sintió violento temblor y su pelo se erizó como el de un gato colérico: asíó la bota, le dio un nuevo beso, y dijo con la voz un poco temblorosa:

—Quieres que te entierre?

La pierna dijo que no, moviendo un dedo.

—Entonces, pídrete, dijo Juan Soldado.

Al cabo de un momento la misma voz volvió á decir.

—Puedo bajar?

—Baja, si te place, contestó Juan Soldado, empuñando su bota. El que ha servido veinticuatro años..... el resto se perdió entre un glu-glu.

Para abreviar: otra pierna cayó cerca de su compañera, y al fin cuatro cuartos de un hombre y una cabeza descendieron rodando por la chimenea, los cuales se unieron al llegar á tierra, poniéndose en pie, no una figura humana sino un pícaro fantasma, que no era otro que el condenado, en cuerpo y alma.

—Juan Soldado—dijo con una voz que helaba la sangre en las venas—veo que eres un valiente.

—Sí, señor; siempre ha sido valiente Juan

Soldado. Con todo, Vuestra Gracia debe saber que después de haber servido veinticuatro años al rey no he sacado sino una libra de pan y seis maravedises.

—No te inquietes por tan poco; si haces lo que voy á decirte salvarás mi alma y serás feliz. ¿Lo quieres?

—Sí, señor; aun cuando se necesitara recoger á Vuestra Gracia para impedirle que se desparramase.

—Desgraciadamente—replicó el fantasma—me parece que estás ebrio.

—No, señor; cuando más, conmovido. Vuestra Gracia no debe ignorar que hay tres clases de borrachos: los alegres, los achispados y los rascados; no he pasado aún de la extrema alegría.

—Entonces, sígueme, dijo el fantasma.

Juan se levantó tambaleándose bajo su chispa, como un santo sobre sus parihuelas, en día de procesión, y fué á tomar la vela; pero el fantasma extendió un brazo semejante á enormes despabiladeras, y la apagó, alumbrando el camino con sus ojos que brillaban como fuegos de fragua.

Descendieron á la cava.

—Toma una azada y ahonda aquí, dijo el fantasma.

—Ahondad vos mismo, dijo Juan Soldado. No he servido veinticuatro años al rey sin otro provecho que una libra de pan y seis maravedises, para ponerme al servicio de otro amo que acaso no me dará lo mismo.

El fantasma tomó la azada, ahondó y sacó tres jarros que enseñó á Juan Soldado:—Este jarro está lleno de centavos, que distribuirás entre los pobres; ese otro, de plata, que emplearás en misas por mi alma; y el tercero, para tí, si me prometes hacer lo que te digo.

—Pierda cuidado Vuestra Señoría: veinticuatro años durante los cuales he cumplido mis deberes con exactitud, son suficiente garantía.

II

Juan Soldado ejecutó fielmente la voluntad del fantasma y vino á ser, gracias á su jarro de oro, el señor don Juan Soldado.

La aventura no gustó á todos; y entre los descontentos figuraba Lucifer que perdió su condenado, tanto rogaron los pobres y la Iglesia por la salud de su alma.

En su anhelo de vengarse el Gran Diablo se acordó que tenía por paje á Satanasillo, el más astuto diablito del infierno, quien ofreció traer á Juan Soldado.

El gozo del Jefe del Averno fue tan grande, que ofreció al diablillo un surtido de cintas y de juguetes para tentar á las hijas de Eva; y barajas y vino para perder á los descendientes de Adán.

Juan Soldado tomaba el fresco, sentado en su huerta, cuando vio venir al diligente diablito.

—Buenos días, señor don Juan.

—Me regocijo de verte, proyecto de diablo: vaya que eres feo! ¿Qué puedo ofrecerte? un cigarro.

—No fumo sino azufre.

—Una copa de manzanilla?

—No bebo más que agna fuerte.

—Entonces, ¿qué vienes á hacer aquí, alma de Caín?

—A buscar á Vuestra Gracia.

—A tu disposición: no hay difi-

cultad. No he servido veinticuatro años al rey para batirme en retirada delante de un ruin engendro de diablo, como tú. ¿Entiendes? Voy á preparar la alforja porque el viaje que vamos á emprender no será muy corto. Entretanto sube sobre esta higuera: carga unos higos de un tamaño y un sabor!.....

Satanasillo que era goloso trepó sobre la higuera y se puso á engullir higos con tanto ardor que no percibió la vuelta de Juan Soldado hasta que una voz chistosa le gritó: Al saco!

Satanasillo descendió brincando de la higuera y con las contorsiones más espantosas y los gestos más divertidos fué á tener de cabeza en el saco. Juan Soldado tomó un mazo de carpintero y se puso á golpearlo hasta que le convirtió los huesos en harina y la carne en sopa.

Dejó á la imaginación del noble lector el cuidado de figurarse la rabia de Lucifer cuando vio venir á su infernal Benjamín, á su pequeño ídolo, al diablito de su corazón, al Satanasillo de su alma, rompido, derregado, deshuesado, informe.

—Por los cuernos de la luna, vociferó. Ese pícaro de Juan Soldado me lo pagará ahora mismo: voy en persona.

Juan Soldado, que esperaba la visita, estaba con el saco al hombro presto á recibirla. Así, cuando Lucifer se presentó arrojando fuego por los ojos y llena la boca de petardos, se colocó delante de él con la más entera serenidad.

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe nada: es bueno que lo sepas.

—Lo que debes saber tú, impudente, fanfarrón, cobarde malandrín, especie de Tragaldabas, es que te voy á arrojar al fondo de la gehena en menos tiempo del que necesitas para decir ¡ay!—replica Lucifer, haciendo pouh! pouh! para echar fuera el humo de los petardos que le estallaban la boca.

—Tú! tú! tocar á Juan Soldado. Espera: soy yo quien te voy á hacer tragar tu odio, compadre. La soberbia.

—Tú, vil gusano de la tierra!

—Sí; gran fanteoche: te voy á forrar en un saco con tu rabo y tus cuernos.

—Basta de bravatas, replica Lucifer, alargando sus grandes brazos negros y sus terribles garras.

—Al saco! grita Juan Soldado.

Y Lucifer, torciéndose, herizándose, bufando, humeando y rugiendo, fué á tener al saco.

Juan blandió un martillo de fragua y se puso á golpear el saco con las dos manos, rimando los golpes como un forjador cuando bate el hierro:—Ha! está aquí por imprudente; ha! está aquí por fanfarrón; ha! está aquí por malandrín; ha! está aquí por tragaldabas. Y volvía á comenzar la letanía hasta que Lucifer fue aplastado, reducido, prensado como una hoja de papel. Juan, cansado ya, abrió el saco y dijo: Basta por hoy; pero te prevengo que si osas reaparecer delante de mí, gran desvergonzado, tan cierto como que serví veinticuatro años al rey sin sacar otra cosa que una libra de pan y seis maravedises, te arranco cola, cachos y garras, y veremos á quién meterás miedo después.

Cuando el Gran Diablo volvió á su corte infernal con el rabo entre las piernas, como perro castigado, feroz, baldado, estropeado, eribado, frío y tan transparente que se le veía el fuego de parte á parte, toda la diablería, vomitando sapos y culebras rugió en coro:

—¿Qué hacemos, Maestro?

—Buscar lo más pronto posible cerrajeros y albañiles. Es preciso clavar, poner aldabas, echar cerrojos y cadenas á todas las puertas y ventanas, tapar, cegar, cimentar todos los huecos, aberturas, orificios y cañerías del infierno á fin de que Juan Soldado, ese gran felpador de diablos, no encuentre la más pequeña hendidura por la cual pueda llegar hasta nosotros.

Y así fue hecho.

III

Cuando Juan Soldado sintió llegar la hora de la muerte, buscó su saco y tomó el camino del cielo.

En la puerta encontró á San Pedro, cómodamente sentado en su silla de respaldo, quien, por no estar ocioso, desmenuhécía las llaves del Paraíso.

—Hola! amigo. ¿Dónde vas tan apresurado?

—A entrar, contestó Juan con desenvoltura: Vengo á tomar mis inválidos.

—Es un loable deseo, compadre; pero no se entra al cielo como asno á los molinos. Veamos! ¿Cuáles son vuestros méritos?

—Haber servido veinticuatro años al rey sin otra recompensa que una libra de pan y seis maravedises. No son suficientes al juicio de Vuestra Gracia? pregunta cortesmente Juan Soldado.

—No, mi amigo, no es suficiente: lo siento, pero.....

—Cómo, que no es suficiente? Vamos á ver; y Juan avanza resueltamente.

—San Pedro le impide el paso.

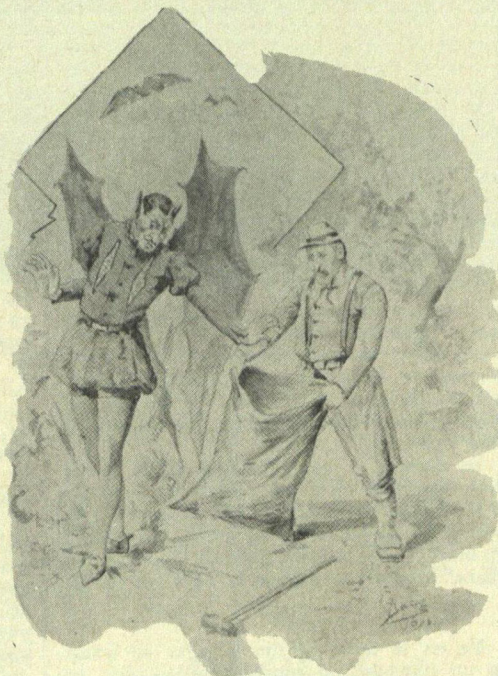
—Al saco, manda Juan.

—Juan, eres cristiano, hombre: guarda algún respeto, alguna consideración por mí.....

—Al saco! al saco!

—Y San Pedro, no obstante sus reniegos, debía ir al saco.

—Juan, mi buen amigo, mi estimado amigo, déjame, te lo ruego, déjame. Piensa que las puertas del cielo son muy grandes, están abiertas y sin portero, y puede entrar alguna alma tonta.....





—Es precisamente mi caso, concluye Juan Soldado, haciendo su entrada triunfal en el Paraíso, con San Pedro sobre las espaldas. No he servido allá abajo veinticuatro años al rey sin otro provecho que una libra de pan y seis maravedises?

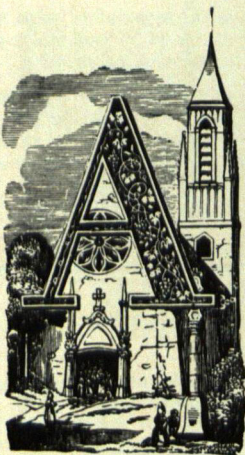
MURIENDO

(POR MANUEL BUENO)

Tengo deudas en la tierra y deudas tengo en el cielo; pagaré allí con mi alma, ya pago aquí con mi cuerpo.

(A. FERRAN.—Cantares.)

I



muerte. . . .” Y cambiando antes algunos apretones de manos, con amigos suyos que departían aquí y allá, en torno de las mesas, ganó el fondo del establecimiento no sin haber rehusado cortemente, una docena de invitaciones, que le dirigieron copa en mano sus amigos.—Costumbre zafia, esta de los con-

vites—pensaba el joven abriendo se paso, por entre los contertulios del café—costumbre zafia y enojosa, que lejos de revelar urbanidad, muestra claramente nuestra educación primitiva y grosera. Entréguese cada quisque á las libaciones que se le antojaren, pero por Cristo muerto, no convierta su copa en abrevadero de sus amigos. No hay medio de negarse en ocasiones, á besuquear el borde de una copa, en que un borracho ha depositado sus babas. Qué asco . . .

...Avanzó, pues con dirección al fondo del recinto, esquivando encuentros y repartiendo saludos, y ya acomodado en un diván, tendióse cuan largo era, paladeando de rato en rato su licor favorito, el kummel, que centelleaba en la copa herida por la luz del gas . . . ; Qué bién se está aquí ! lejos de la endiablada baraunda que producen allá abajo, el golpear de las fichas sobre los veladores y el charloteo ruidoso de los parroquianos ; y aproximando la copa á sus labios, bebió despacio, poniendo en el acto de beber, la voluptuosidad que ponemos en un beso de amor. ¡Ah la pereza ! ¡ La hermosa pereza, que hace soñar, se logra sólo bebiendo, ingiriendo en las arterias el líquido que conforta y adormece ! Tengo

para mí—siguió pensando el joven — tengo para mí, que se puede llegar á una muerte aparente, en uno de esos ratos de languidez, de dulce anonadamiento ; uno de esos instantes en que el espíritu, emancipado de la tiranía del cuerpo, parece sumergido en ese estado que Shopenháuer llama el nirvana sensitivo. Si ; esa pérdida momentánea de la conciencia de ser, ese desprecio de todo lo externo, de todo lo que puede secuestrarnos la atención hace vivir á nuestro espíritu en la vaguedad seductora de lo ideal ; y este breve alejamiento de la vida diaria, en que lo vulgar y lo grotesco se confunden siempre, es un gran alivio para el alma.....

De esta suerte meditando, sordo á los acicates de la carne que empezaba á rebelarse, porque en la lejanía de sus ensueños, había visto azulear el joven, unos ojos de mujer que le sonreía, apuró hasta doce copas de kummel, sin abandonar su postura, por temor de que un movimiento de su cuerpo, torciera el rumbo de sus ideas. Se hallaba entonces en un estado de imponderable bienestar. Dulce calor invadió su cerebro con la última copa de licor, acelerando sus funciones intelectivas. Sus facultades sensoriales, se agusaban, cediendo á los estímulos del alcohol ; tanto que la música de un nocturno de Chopin, arrancada á un piano por un profesor adocenado, tuvo para el joven revelaciones nuevas, matices imprevistos, un lenguaje inarticulado que dejaba en su alma un reguero de notas.....

.....Algo vibraba dentro de su sér, á compás de la música, de aquella música á trechos lánguida y tristoná, á trechos alegres, como hecha de quejas, de suspiros, de risas y de besos.....

Se durmió, y como la fatiga había distendido sus músculos, su cuerpo se abandonó á un sueño de plomo. Allí hubiera permanecido muchas horas, si un mozo, asiéndole de un brazo, no le hubiera invitado á que se marchara, porque era llegada la hora de cerrar.

II

Ya en la calle, se dio á vagar sin trazarse un itinerario, á capricho de sus pies, pegado á las paredes como un sonámbulo, y

en tal grado de atontamiento, que no reparó en que, los escasos transeuntes que halló de paso, le miraban con una mezcla de curiosidad y lástima, tomándole sin duda por un borracho. En la calle, muy pocas luces. En el cielo, en el gran cielo azul, ensombrecido por la negrura de la noche, alumbraban algunas estrellas. La temperatura suave y agradable, como suele ser regularmente, en noches de verano. Andando, andando, sin pararse á fijar el término de aquel inopinado paseo, hallóse el joven fuera del radio que abarca la población. Tiró por el primer camino que se le ofreció delante, internándose en el campo, á la sazón entenebrecido por grandes masas de arbolado. Su cabeza, empezaba á despejarse. Iba triste, con la tristeza enervadora que se apoderaba de él, al volver de cada ensueño ; de aquellos ensueños que provocaba el kummel.

Aquella carrera á campo. atravesada, le sugirió una idea que poco á poco fue ganando terreno en su cerebro enfermo. La idea del reposo, del eterno reposo. La calma augusta de la campiña muda y solitaria, movióle á pensar en la muerte.—Sería un gran bién para mí—se dijo mirando involuntariamente los raffles del ferrocarril, tendidos allí, á dos pasos, en la carretera. Luégo se sentó sobre una eminencia del terreno, al borde mismo del camino, y como si el trabajo de su cerebro sobre la idea de la muerte, que ya le barrenaba las sienes, espoleara en él, el instinto de la vida, aspiró con ansia y una oleada de oxígeno, nutrió sus pulmones, viciados en el ambiente malsano de la capital. Y esclavo siempre de la maldita idea, siguió meditando.—Sería un gran bién —repetió en voz alta—y sus ojos, convergieron otra vez sobre los raíles, que se destacaban enérgicamente sobre la blancura terrosa de la carretera.

III

La noche iba de vencida. Allá á las tres, cuando el cielo comenzaba á clarear, hendió el silencio de la campiña, el silbato de una locomotora. Es el tren de obreros—pensó el joven consultando su reloj—y su mirada turbia detúvose otra vez en los raíles que á favor de la claridad del amanecer, se ofrecían con más vigor ; dos serpientes de regrucco lomo tendidas sobre una sábana blanca ; tal parecían aquellas dos líneas de hierro.....

..... La idea del descanso, del eterno descanso, continuaba atarazándole la mente : “ Toda mi vida—murmuró á media voz, como si formulara una confesión—toda mi vida ha sido una odisea á través del dolor. Sí ; he sufrido mucho. De un lado fatalidades de nacimiento, desventuras morales hereditarias ; de otra parte, la conspiración feroz de los hombres, que hace de la vida, un combate de lobo á lobo, un pujilato á colmillazos. Soy un luchador que ha perdido la esperanza del triunfo. Esos hombres que me llaman su amigo, han destrozado mi vida, negándome el pedazo de felicidad á que yo tenía derecho. He amado, sí ; he amado mucho, porque he sido toda la vida, esclavo de la hermosura de las formas. He amado á las rubias, porque he creído sorprender en la azulación de sus ojos, un destello del ideal ; he amado á las morenas, porque el brillo ardiente de sus miradas, me ha enloquecido y he hallado en sus labios, un hervidero de besos que embriagan y matan. Todo ello, ha durado bien poco. Pervive en mí, sin embargo, el recuerdo y de ahí mi tristeza. Ya no luchó siquiera, porque, con las fuerzas del cuerpo se han agotado las energías del espíritu. Soy un vencido. Me entrego, pues, y me resigno. Quiero el descanso, un poco de descanso para este pobre cuerpo...”

Otra vez el silbato de la locomotora, rompió el silencio de la noche. Más claro, más



POZO DE "LOS PÁJAROS" — Bejarano

distinto, más cercano. Allá lejos en un recodo del camino brillaban dos luces; roja la una con reberveraciones de sangre; verde esmeralda la otra. Eran los fanales de la locomotora. El convoy, avanzaba. Abandonó el joven su asiento, y sin vacilaciones, sin desmayos de la voluntad, como quien ha medido bien el valor del acto que piensa consumir, ganó el centro de la carretera. Un instante, nada más que un instante consagró á los que dejaba en la tierra. Una oleada de perdón hinchó su espíritu, bañado entonces en el más cristiano altruismo. Perdón para todos. El moría y olvidaba. Lo olvidaba todo; rencores, envidias, rivalidades, todas esas malas pasiones, todas esas cobar-

días que alientan en el tondo de nuestro corazón, todo lo olvidaba, porque, no quería entrar en el cielo cargado con aquel bagaje de miserias y ruindades.....

..... Y lanzándose sobre los raíles, esperó, llorando sobre el hierro que le oprimía la frente, con los brazos abiertos en cruz, como si la visión de Cristo muriendo en el Calvario, hubiera dulcificado su agonía. El tren pasó.



FRAGMENTO

Que la calumnia su veneno activa!
Que nos acecha en el combate recio!
Mientras impune la calumnia viva,
se le arroja á la cara la saliva,
la saliva infamante del desprecio.

Cumple, poeta, tu misión. Avante,
aunque se muestre el porvenir incierto.
Nunca llega á Fezán el caminante,
sin que hayan injuriado su semblante
las cálidas arenas del desierto.

ANDRÉS A. MATA.

á la animada y nerviosa impresión de aquella bulliciosa multitud, al abigarrado colorido de los trajes, al ruido confuso y clamoroso que ensordece y aturde.

Como mi objeto no es describir una corrida, sino relatar un hecho que ha dejado honda huella en mi espíritu, no hablaré sino del final de la función en que aquél se verificó.

Se había anunciado para terminar el espectáculo, que saldría un toro con ricos premios, los cuales corresponderían á los que lograsen arrancárselos; y llegado el momento se lanzó del toril á la arena un toro con tal arranque y brío, y una agilidad y gallardía, que la inmensa multitud que ocupaba la extensa plaza, prorrumpió en un grito atronador y entusiasta, saludando así al fiero bruto, que se detuvo de repente y mugió con ira, dirigiendo sus miradas á todos lados, como preparado á defenderse del desconocido peligro que su instinto adivinaba.

Lucía el hermoso animal, al rededor del enarcado y robusto cerviguillo, coronado de crespas cerdas como melena de león, un collar con los colores de la bandera española, del que colgaban en cintas de diverso matiz muchas monedas de plata y oro; pero entre las que se destacaban, por pender de cintas verdes y anchas anudadas en lazos, dos onzas de oro relucientes como ascuas.

La gente de la cuadrilla se acogió á los burladeros y la barrera, y la multitud que se preparaba á disputarse los premios, quedó aterrorizada y sin atravesarse á saltar á la arena. Uno ó dos más arrojados que los demás quisieron hacer alarde de valor; pero el toro parado en el centro del redondel los hizo retroceder atemorizados con sólo mirarlos, entre la rechifla de los tendidos. El animal parecía dispuesto á una lucha á muerte y mostraba una resolución tal que ponía temor en todos.

Pero en este momento en que la concurrencia aplaudía frenéticamente, ovacionando al airado animal por su soberbia salvaje, con una sorpresa que me arrancó un grito, vi al joven que la tarde anterior me había llevado á ver á su madre, adelantarse con paso firme, aunque densamente pálido, hacia la fiera. Aquello era sorprendente, insólito, sublimemente arriesgado: un silencio profundo sucedió de repente al ruidoso clamoreo, y todos los ánimos estaban como suspensos ante aquella inesperada escena.

El joven, solo, en medio del extenso circo en presencia del toro que le veía y le aguardaba, recogióse sobre sí mismo para hacer mayor el ímpetu y más terrible la acometida, seguía avanzando. No llevaba más que un pañuelo blanco en la mano, y al parecer no se daba cuenta de lo que ocurría á su alrededor. El público, pasada la primera sorpresa, empezó á gritar: "No!... No!... Fuera!... sáquenlo!... está loco." Comprendiendo el inmenso peligro que corría el joven.

Sin hacer caso de gritos y protestas, éste continuó avanzando hacia el animal, que más y más irritado empezó á escarbar el suelo levantando nubes de polvo.

El espectáculo era siniestro y aterrador; y el mismo Mazzantini gritó al joven: "No siga, imprudente, no siga!" y se adelantó

tras algunos diestros acudían en socorro del joven y le sacaban de la plaza entre vítores y aplausos.

Entonces se notó que habían desaparecido del collar del toro los vistosos lazos verdes.

IV

Mi amigo, á quien conté lo que había pasado el día anterior, se apresuró á salir conmigo y nos fuimos á la puerta particular de los toreros á ver si podíamos entrar á la enfermería; pero al llegar á ella, se abrió saliendo apoyado en un compañero el joven que veníamos á ver. Caminaba con paso vacilante y mostraba el costado roto y manchadas de sangre las ropas. Me acerqué á él, y al verme me reconoció y me dijo:—¿Usted aquí?... Dios lo trae, quisiera ver á mi madre antes..... de lo que puede suceder, Doctor.

Tomé un coche; le colocamos en él y subiendo mi amigo y yo, partimos hacia la casa del herido. No le hablé en el trayecto porque estaba como desvanecido; pero al llegar se había reaccionado mucho y no nos fue difícil apearle, y entramos llevándolo de los brazos. Al llegar á la puerta de su habitación se apartó de nosotros, aligeró el paso, abrió y entró apresuradamente; seguimosle deseosos de explicarnos su conducta en toda aquella tarde.

Su madre estaba sentada al borde de la cama, y comprendí al verla que los remedios que le había recetado habían surtido su efecto. A la presencia de su hijo en el estado en que iba, se puso de pie consternada diciéndole: ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa, hijo mío?

—Madre; contestó el joven arrodillándose ante ella; madre, perdóname; pero el doctor me dijo que peligrosamente tu vida permaneciendo en esta casa; que era necesario, de toda urgencia mudarte. ¿Qué ha-

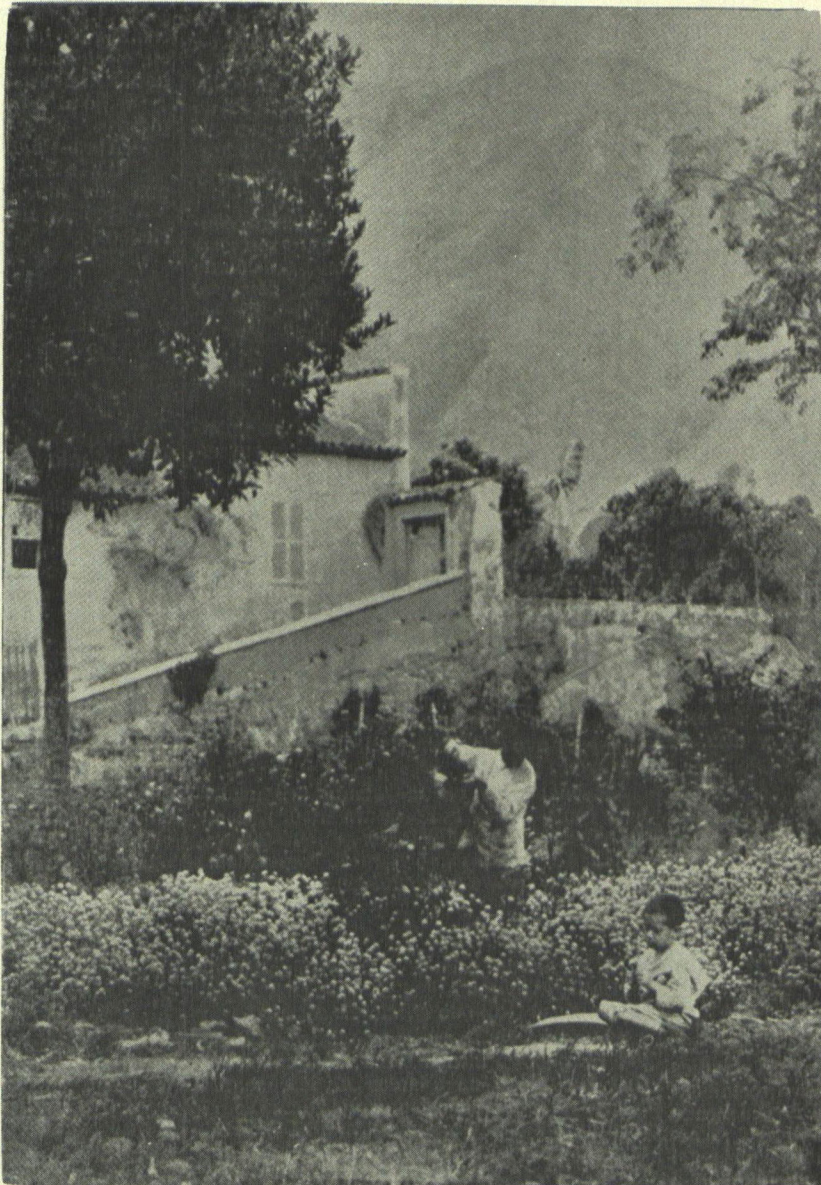
cer? He cometido una locura; pero te salvarás, porque podrás mudarte.—Toma..... toma..... y se desvaneció.

Había puesto en la mano á su madre los lazos verdes que lucía el toro en su collar de premios.

V

Un mes después ví de nuevo al joven, convaleciente ya, y á la madre buena completamente, viviendo en una casita en el campo. Mi amigo había contado á los lectores de *La Epoca* el suceso, excitándolos á hacer algo por el joven, y su reclamo fue atendido.

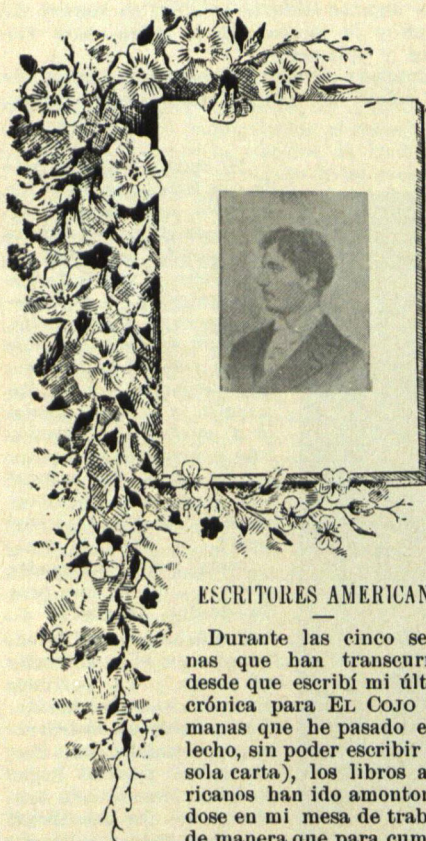
HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.



"CORICITA" (al Norte de Caracas) — Fotografía de Schael

como en su defensa; pero el joven se había acercado tanto, que era eminente la catástrofe.

Nadie pudo darse cuenta de lo que pasó en el primer momento, tan rápida fue la acometida del toro y tan violento el choque; mas se vio luego que el joven enganchado por un costado estaba suspendido detrás del cuerno izquierdo, y se agarraba tenazmente del fuerte collar de los premios. Furioso el toro lo sacudía y, saltando y encabritándose, trataba de arrojarlo al suelo sin conseguirlo. Por fin las ropas se rasgaron y el joven cayó pesadamente algo lejos del animal; pero éste al sentirse libre del peso que le molestaba, se volvió en busca del caído enemigo; mas se encontró con que Mazzantini se hallaba entre él y su víctima, con la capa extendida para ocultárselo. Hábil é intrépido, ejecutó entonces uno de esos quites admirables que le han conquistado tanto renombre, separando poco á poco al toro del lugar del siniestro, mien-



ESCRITORES AMERICANOS

Durante las cinco semanas que han transcurrido desde que escribí mi última crónica para EL COJO (semanas que he pasado en el lecho, sin poder escribir una sola carta), los libros americanos han ido amontonándose en mi mesa de trabajo, de manera que para cumplir hoy lo ofrecido, tendré que hablar no de cuatro ó cinco obras nuevas, sino de muchos libros, de muchos folletos y aun de algunas revistas.

* **

Mi querido compañero Pedro Emilio Coll ha principiado á hacer en el *Mercure de France* algo parecido á lo que yo traté de hacer en otro tiempo en la *Plume*. En su artículo de este mes nos habla de algunos literatos americanos, explicando lo que, según su opinión, valen las inteligencias de Leopoldo Lugones, de Leopoldo Díaz, de Rubén Darío, de Enrique Rodó, de Luis Berisso, de Miguel Mármol, de José Antonio Espinoza y de Manuel Díaz Rodríguez. También habla de mis *Almas y Cerebros* asegurando que mis estudios literarios son "excitantes para ir directamente á las fuentes de donde yo no hesecado sino gota que mi imaginación ligera de artista colora y perfuma." Esta franqueza del simpático autor de *Palabras*, me autoriza á usar con él de una franqueza idéntica y á decirle lo que pienso de sus nuevas teorías sobre la literatura americana.

Pedro Emilio Coll, lo mismo que todos los verdaderos temperamentos artísticos, es un apasionado. Cree en la literatura americana y está seguro de que entre un libro escrito por un mejicano y un libro escrito por un madrileño, hay tanta diferencia como entre una obra compuesta por un ruso y una obra compuesta por un inglés. Yo no lo creo. Yo creo que no hay sino una literatura castellana cuyos cultivadores pueden igualmente ser de Venezuela que de Toledo, de Buenos Aires que de Santander. Literariamente, América sigue siendo no una colonia española como pretende con orgullo injustificado mi amigo Valbuena, sino una parte de España. En todas las épocas los literatos americanos y los literatos españoles se han confundido y nadie, ni aun el más sutil retórico parisiense, lograría señalar las diferencias esenciales que separan el genio de Ruiz de Alarcón, del genio de Rojas Zorrilla, ni el genio de Ventura de la Vega, del genio de Martínez de la Rosa. Rafael María Baralt nació en Venezuela y don Aureliano Fernández

Guerra nació en León, y á pesar de lo cual ambos escritores son compatriotas. El mismo Pedro Emilio Coll, venezolano también de nacimiento, es tan español, cuando escribe, como el asturiano Clarín y como el andaluz Rueda.

¿Que en América la influencia francesa es muy grande? También en España. La literatura castellana es toda afrancesada desde hace más de cien años: los clásicos compañeros de Moratín, imitaron á los clásicos franceses; los románticos amigos de Zorrilla, aprendieron á leer y á escribir en los libros de Víctor Hugo; nuestros naturalistas son hijos de Zola; y los modernos estetas de Madrid, proceden, como nosotros, de Verlaine y de Mallarmé.

Pedro Emilio Coll parece, sin embargo, convencido de que las letras de América son *unas* y las de España *otras*, y no pierde ocasión de hacerlo constar en sus crónicas del *Mercurio de Francia*. "El crítico de Oviedo—dice hablando de Clarín—no debe olvidar que nuestra raza no es española y que de ella sólo conservamos una ligera levadura disuelta en sangre de indios y de negros."

Algo exagerado me parece todo eso; pero en fin, aunque nuestra raza fuese mitad negra, mitad india (que no lo es), nuestra lengua, nuestras tradiciones artísticas y nuestra educación literaria, serían siempre castellanas. El *Quijote* es siempre nuestra biblia, y mientras Cervantes sea nuestro maestro, seremos literatos españoles.

...Sí, querido Pedro Emilio: á tu pesar eres hijo de Quevedo y hermano de Valbuena, y cuando vayas á Madrid, nuestros compañeros te recibirán como á un literato español y te abrirán las columnas de sus periódicos como se las abrieron á Miguel Eduardo Pardo que estuvo allá, *literariamente*, como en su verdadera patria.

Personalmente yo me siento tan madrileño (en lo que á la literatura atañe), como el mismísimo Sánchez Pérez; quiero tan fraternalmente á mis compañeros de la península como á mis compañeros del Nuevo Mundo.

* **

El libro que más llama ahora la atención en Chile, es el que Angel Espejo acaba de publicar con el título de *Cuentos de alcoba*.

¿Por qué se llama así el libro de Espejo? La palabra alcoba tiene cierto sabor erótico que luego no aparece en los cuentos. Espejo no es un *conteur* inmoral, y nada se parece menos á su obra, que los folletos de Gómez de Ampuero y de los demás colaboradores del *Demi Monde*.

Por eso prefiero decir sencillamente los "*Cuentos de Espejo*." Y agregare en seguida, también muy sencillamente: "son muy bonitos."

¡Sí que lo son! Ligeros y amenos, sin profundidades intelectuales ni sutilezas psicológicas, pertenecen á esa literatura periodística hecha con objeto de divertir á la gente que pasa y ser olvidada una semana después. Hay en ellos pocas descripciones y es una lástima porque las pocas que hay son tan gráficas y elegantes cual la siguiente:

—"Sí! nos casamos—me decía Thalandier—envolviendo en una vaga mirada de sus ojos húmedos el vívido panorama del puerto que muy luego iba á dejar: con sus barcos de arboladuras gigantes, de velas desplegadas, con sus columnas de humo que se confundían en el espacio azul entre la bruma lejana, con sus flotantes diques que parecían recién blanqueadas sepulturas, de donde se asomaban como curioseando chimeneas de buques averiados, en cuyos dorsos ejecutaban los calafates y los herreros la ruidosa sinfonía del martillo..... Y al contemplar en la cubierta del vapor que con rumbo á Europa conducía á Thalandier, á la luz in-

cierta de la tarde que caía sobre el puerto con su manto de oriente vagamente sombreado, haciendo tangible la lucha del éter que precede al triunfo de la noche; al contemplar la cabeza cana de aquel hombre desventurado, sentí una brusca necesidad de interrumpir su triste relato para estrecharle en uno de mis postreros abrazos."

El diálogo de los *Cuentos de alcoba*, en cambio, carece de brillantez y de novedad y en ciertos casos parece escrito por un folletinista deseoso de llenar líneas:

"Salió al balcón un hombre de rostro apoplético.

—Abra—le dijimos.

—Quién?... preguntó desde arriba con una voz ronca, vinosa.

—Qué le importa á usted?—le contesté riendo.

—Gente de paz?... ..

—Es claro!

—Entonces.....—y sonó por dentro algo como un fustazo y la puerta de la *Pension Garni* se abrió.

Trepamos á escape, trabando luego en la cantina animada conversación con el dueño de la fonda.

Uno que otro jugador rezagado pasaba por el vestíbulo y descendía silencioso la escalera.

—Podemos entrar á la sala de juego?—preguntamos al patrón.

—Ya se levantaron.....—nos contestó.

Se abrieron las puertas del fondo de un pasadizo y principió el desfile de los parroquianos."

Don Enrique Pérez Eserich *contaba* así.

Lo que más curioso me parece en Espejo, es su doble personalidad de estilista—doble personalidad que le obliga á escribir párrafos de una monotonía muy anticuada al lado de párrafos brillantes y muy modernos. En *Vida nueva*, sobre todo, se nota esa duplicidad: las seis primeras páginas de dicho cuento, son tal vez lo menos artístico que el autor ha escrito, mientras las ocho ó diez finales son verdaderamente hermosas.

* **

Gerónimo Maldonado ha reunido en un volumen cinco perfiles literarios en los cuales aparecen las figuras de Bolet Peraza, de Picón Febres, de Díaz Mirón, de Gutiérrez Nájera y de Julián del Casal.—Nada quiero decir del libro mismo, que á mí me parece excelente, como todas las obras en que se habla con admiración inteligente de mis amigos; pero deseo consagrar algunas líneas al *Apéndice* en que el señor Maldonado nos ofrece los documentos relativos á una polémica literaria.—El señor Maldonado termina con la siguiente nota:

"Creo terminada con esto la discusión literaria á que se me provocó.

"¡El triunfo es mío!

"Llamé al enemigo al terreno del arte y de la idea, y lo desamparó para apelar al insulto: me defendió, y le rasgué la frente con los filos de la pluma.

"¡Quedó marcado!

"¡Fui hidalgo; y él, bufón y cobarde!

"¡Huyó avergonzado y claudicó!

"Sólo me resta saber si el señor X. acepta el duelo propuesto."

Pronunciadas en el calor de la lucha, tales palabras son excusables; pero á condición de olvidarlas en seguida y de no imprimirlas en un volumen consagrado á la gloria de cinco artistas que merecen ser estudiados con respeto casi religioso.

Yo no sé lo que mi querido Picón Febres, causa de la violenta polémica, habrá dicho al señor Maldonado; pero estoy seguro de que Julián del Casal—mi querido é inolvidable hermano Julián—le habría dicho:

"Distinguido compañero—hábríale dicho:—El arte es una religión que tiene su faná-



CABEZA DE ESTUDIO. — Cuadro de Jorge Papperitz



“EL POTRERO” — Casa de la señora Isabel de Lagrave — (Margen del Orinoco al Norte)

de compuesta por Rubén Darío, Mata, Lugones, Díaz Rodríguez, Coll, etc.
 Y aquí termino mi crónica, sin espacio ya para decir algo de las *Lecturas Militares* de Carlos Meany y de un folleto sobre el malogrado Manuel de la Cruz, escrito por el estudioso escritor chileno don Pedro Pablo Figueroa.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

El Padre Juanico, drama de don Angel Guimerá; *Las bodas de Figaro*, comedia de Beaumarchais, arreglada por el señor Valdez; *De varios colores*, por don Juan Valera; *El saludo de las brujas*, por la señora Pardo Bazán; Acerca de varias composiciones de autores que concuerrieron al Certamen de EL COJO ILUSTRADO; *De mis romerías*, por M. Díaz Rodríguez.

Mal andan, entre nosotros, los tiempos para los partidarios del trascendentalismo en el arte, especialmente en el Teatro. Está á punto de terminar la temporada cómica en el Español, y no se ha representado más que un drama, el último de Echegaray, que pueda calificarse de tendencioso. Lo sencillo y lo natural que no descienda á lo vulgar, se impone en nuestra escena. Empezó el año pasado el eminente poeta catalán don Angel Guimerá, con su notabilísimo drama: *La tierra baja*, y ha continuado este año con el *Padre Juanico*, estrenado hace pocos días, con grande é indisputable éxito, en nuestro teatro clásico.

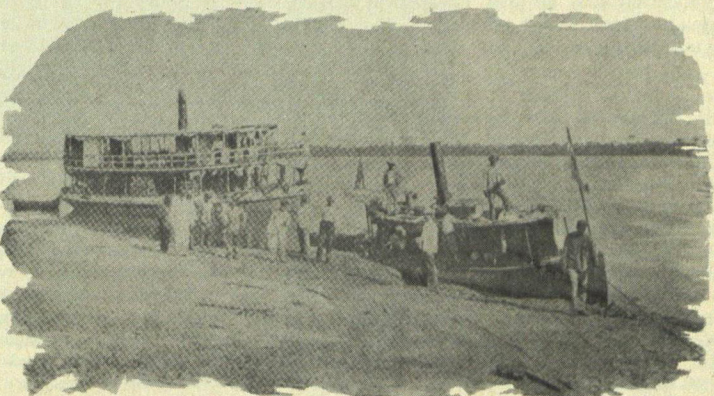
Guimerá ha escrito este drama, como todos los suyos, en catalán, pero sin que llegase á representarse, lo ha vertido al castellano, el mismo autor, ó alguno de nuestros literatos, detalle este último poco importante. Es de creer, no obstante, que el traductor no será esta vez el señor Echegaray: induce á sospecharlo, no notarse en los parlamentos, aquellas amplificaciones elocuentes que caracterizan el estilo de nuestro insigne dramaturgo. La dicción en el nuevo drama de Guimerá es sobria, cual lo requieren las direcciones del gusto moderno.

El Padre Juanico es una ficción idílica, pero basada en la realidad: un drama con personajes y situaciones perfectamente naturales, planteado y desarrollado sin esfuerzo, con aquella facilidad á menudo aparente, que solo consigue mostrar el verdadero artista. Es un cuadro de costumbres modernas de un pueblo rural de Cataluña: la breve historia de los amores de un rústico boyero con una payesa huérfana, casi niña, rica heredera cuyo caudal tratan de explotar unos tíos suyos casándola con un señorito de la capital, vicioso y disipador, á quien ella ni comprende ni ama.

El protagonista del drama es el párroco del pueblo, protector de los amores de la huérfana y el zagal, y muere violentamente, víctima



UN DÍA DE CAMPO EN “EL POTRERO” — de fotografía de Avril



EN EL PUERTO DE “EL POTRERO”

ma de su buen celo para que la proyectada iniquidad no se realice.

La obra se impuso al público desde las primeras escenas, y se impuso aquel mismo público de los días de moda en el teatro Español, al que no han conseguido recientemente agradar Echegaray con *La Duda*, y Sellés con su *Antonio y Cleopatra*.

Todo el drama, pero especialmente el acto primero, es una maravilla de arte, pero de arte exquisito; es la naturaleza reproducida por un dibujante y pintor que siente y tiene aptitud para expresar lo sentido; no el recurso de la copia servil del modernismo realista, recuerdo del arte barato, producto de los procedimientos mecánicos. Aun cuando se tratara únicamente de la presentación del cuadro plástico; aun cuando las figuras de aquellas escenas no hablaran ni se moviesen, sería aquel acto una obra maestra. Hay allí ambiente y vida real y una tan admirable intuición estética, tanto en el conjunto como en los detalles más insignificantes, que seduce y pasma.

Añadid ahora la textura del drama, los sentimientos y las pasiones que aquellas figuras expresan, la nota justa que da cada una de ellas, sin el más leve desentono, sin que cese ni por un instante el regalo del oído y la agradable tensión del espíritu; lo conmovedor, mezclado con lo risueño y lo cómico, en gradación armónica con lo dramático. Esto último asoma desde el final del acto primero, se desenvuelve en el segundo y se realiza en el tercero de una manera magistral, sorprendente y completamente nueva.

El éxito, como ya he dicho, fue completo. Autor y actores fueron llamados a la escena desde el segundo acto, y al final del tercero los aplausos y las aclamaciones duraron un cuarto de hora.

Los periódicos convienen todos en la solidez de este nuevo triunfo. Guimerá se ha impuesto, una vez más, al público, en buena parte no exento de prevenciones, que en Madrid acude al estreno de las obras del gran dramaturgo catalán y entusiasta regionalista.

Pocos días antes del estreno de la obra de Guimerá, se llevó a las tablas del Teatro Español *Las bodas de Figaro*, arreglo de la conocida comedia de Beaumarchais, trabajo bien hecho por el señor Valdez, pero que no ha sido apreciado como debía, no porque se regatee el mérito de la traducción, sino porque la obra original, aunque ingeniosa en el fondo, no gusta por los recursos anticuados que constituyen la trama y por estar divorciada de las costumbres y, en cierto modo, de las ideas de nuestros tiempos.

Sabido es que Beaumarchais, al escribirla en los albores de la Revolución francesa, se propuso un fin más político que artístico y literario. Sólo dos ó tres noches pudo el arreglo del señor Valdez mantenerse en la escena de nuestro Teatro clásico, á pesar de los laudables esfuerzos de los actores y convenir todos los críticos en que la traducción está hecha con gran tino y el lenguaje no puede ser más limpio y correcto.

Ha aparecido, hace algunos días, un nuevo libro de don Juan Valera. Tratándose de tan eximio escritor, huelga hablar aquí de las cualidades de la obra, á no repetir lo que ya tanto se ha dicho. Es una colección de cuentos que ha titulado: *De varios colores*, y en ella campean todos los donaires de dición, todos los refinamientos del arte sano y todas las insinuantes y cultas malicias propias del celebrado autor. Con ser todos buenos, el mejor de los cuentos es el prólogo en que el señor Valera en una especie de estudio psicológico de sí mismo, dice cual ha de ser la disposición de su espíritu para producir algo en literatura. Valera cree que las tristezas y las

preocupaciones inevitables en la vida real y casi continuas en quien no tiene embotado el sentimiento, son obstáculos invencibles para la producción de lo bello, é indica el temor de que los achaques inseparables de la vejez, acaben por deteriorar su espíritu. Vano, afortunadamente es hasta ahora ese temor: el libro que acaba de publicar es para la gente culta tan interesante como todos los demás con que el señor Valera ha enriquecido la moderna literatura española.

Tenemos también un nuevo libro de la señora Pardo Bazán, y de él, como de otros de la insigne escritora, poco también puede decirse sin repetir lo que de todos los suyos se ha dicho. Es una novela titulada: *El saludo de las brujas* y recuerda algo de la leyenda de Macbeth, porque el protagonista es también víctima de su ambición al trono á que le brindan sus aduladores. Es una novela de tesis, como ahora se dice á las que plantean y desarrollan un tema filosófico ó moral. El escogido esta vez por nuestra gran escritora, tiende á mostrar que la felicidad pocas veces se encuentra en la tierra, y que aquel que la posee no debe volver á ella la espalda, por nada de este mundo. Esta conclusión es susceptible de deducciones peligrosas para la moral cristiana que aconseja el sacrificio de todas las dichas en aras del bien y de la verdad; pero la señora Pardo Bazán soslaya hábilmente este peligro con sus distingos y excepciones, y además borda su relato con pensamientos tan hermosos y con tanto arte expresados, que la novela resulta, bajo todos sus aspectos, muy aceptable, hasta para los más exigentes en este género literario.

Ya que en mi anterior Revista he de referirme á las composiciones premiadas en el último Certamen de EL COJO ILUSTRADO, considero deber de cortesía hablar hoy, siquiera brevemente, de la impresión que en mi ánimo ha producido la rápida lectura de algunas composiciones de autores que concurren á dicho Certamen, los cuales no por no haber obtenido premio, son menos dignos de que en ellos se fije la atención.—EL COJO ILUSTRADO ha procedido muy bien al publicar esas composiciones, algunas de las cuales, en mi pobre opinión, no son inferiores ni mejores que las laureadas en aquella justa literaria.

Ubdón Pérez, de Maracaibo, se presentó con el *Poema del dolor*, inspirado en una de las mayores injusticias sociales de los modernos tiempos. Protagonista es una pobre niña núbil que se extravía y pierde en el dédalo del vicio, obligada por la miseria y por la maldad de una desnaturalizada madre. La composición está bien sentida, y hay en ella rasgos de observación profunda que revelan en el poeta condiciones especiales de psicólogo y sentimientos nobilísimos hacia la regeneración social.

Don Antonio R. Alvarez, concurrió al Certamen con una fantasía encaminada, al parecer, á probar que la sociedad, con sus crueles sarcasmos dirigidos contra el hombre engañado por su esposa, conduce al engañado á la conclusión que Alejandro Dumas, hijo, aconseja en su célebre folleto: *Tue la*. El trabajo del señor Alvarez está correctamente escrito, pero tiene poco fondo.

P. M. Queremel, de Coro, escribe un bello artículo titulado: *Cuento negro*, un entretenimiento literario sencillo y de buen gusto y que no carece de originalidad. Se trata de los amores de dos palomos uno viejo y otro joven, y sucede lo de siempre entre los matrimonios desiguales en edad: que la mujer raramente es fiel al marido.

El Nido del Aguila es una fantasía simbolista del genio bregando con la ignorancia,

la envidia y las bajas pasiones de los hombres. El señor José E. Machado se muestra tendencioso, pero, á mi ver, no acierta á poner bastante en relieve el fin que se ha propuesto al escribir la por otros conceptos muy buena composición.

El señor Méndez y Mendoza escribe, como él sabe hacerlo, un cuento de mucho colorido local, un juguete literario, rebosante de ingenio, y en la finalidad del propósito, muy apreciable.

Bello es el cuadro trágico-amoroso que, en muy buenos versos, describe el señor Guido Salvi. Tiene aquella composición reflejos de las mejores que se escribieron en tiempos de nuestros grandes poetas románticos. *Nieve*, el poema de los tristes amores del vate con la encopetada dama que muere en el improvisado tálamo nupcial en medio de la selva virgen, es bello y lo sería mucho más si el autor hubiese condensado la expresión descriptiva á lo que el argumento requiere.

Pudiendo hacer una composición á lo Heine, el señor Abelardo Gorrochotegui, se ha lanzado á aquella intrincada superabundancia de palabras é imágenes en que los poetas americanos de hace veinte años, malquistaban sus excelentes disposiciones para el arte.

El señor Elías Toro ha contribuido al Certamen con un cuento de carácter simbolista encaminado á ensalzar la influencia del cristianismo en la gobernación de los pueblos, especialmente para dominar los instintos de la tiranía de los reyes. Está muy bien escrito.

Ingenioso y de mucha intención política me parece el *Cuento histórico* de Godofredo Mallory; es una sátira entre sentimental y mordaz dirigida contra los optimismos del que triunfa y goza; sátira que debieran tener siempre presente los gobernantes arbitrarios del país á que alude el cuentista, y también los de otros países.

Los dos compadres es un cuento original del señor Picher, escrito con soltura y gracia envidiables en quien, como el autor, confiesa no estar ya en edad de no hacer proezas con la imaginación.

Con el título: *La alegría mayor*, nos presenta el señor César Font una hermosa página literaria, digna de todo elogio, tanto si se atiende al fondo como á la forma del escrito. Aquella es la manera sencilla y eternamente agradable de perfeccionar el corazón, levantando la inteligencia. No es nuevo decirlo, pero nunca será bastante ponderado: no hay deleite en el mundo comparable al que se experimenta al dar el primer beso al hijo recién nacido.

No es menos bella la leyenda india, artísticamente reproducida por el señor Tulio Febres Cordero. Tiene rasgos dignos de los poemas de Osíán, y el lenguaje es irreprochable.

Rebosa en gracia y está muy bien contada el cuento que, con el título: *Audaces fortuna juvat*, ha presentado al Certamen Enrique García Flores. Es un apólogo instructivo de lo mucho que sirve al hombre en los trances duros de su vida, la fuerza de voluntad, la energía y la confianza en sí mismo.

Es digna de mención la fábula, también didáctica, *La capa del hombre honrado*, escrita en buenos versos por el señor Eduardo Díaz Lecuna. El pensamiento en su esencia no es nuevo, puesto que este género abunda en la literatura legendaria de todos los pueblos: pero, sealo ó no, resulta una triste verdad que en la mísera condición social en que viven muchas gentes, la virtud es infecunda para procurar el bien propio y el ajeno.

El periodista Ibañez es un artículo de costumbres, ó mejor, de malas costumbres, con tendencias á aleccionar á la juventud contra la corrupción oficial que está siempre en acecho del periodista independiente. Tiene color de realidad y rasgos salientes que revelan provechoso estudio del corazón humano. En la parte literaria se nota alguno que otro descuido de fácil enmienda.

Cuando ha pocos meses, en estas Revistas hablé, con el debido elogio, de dos libros publicados por el joven escritor venezolano señor M. Díaz Rodríguez, insinué, si mal no recuerdo, que en lo por mí dicho iba tácitamente envuelta la promesa de nuevos acatamientos al mérito que aquel insigne literato había de mostrar en sus sucesivas publicaciones. No me engañé ciertamente. El tomo titulado: *De mis romerías* que acaba de aparecer impreso con la nitidez y elegancia acostumbradas en cuantas obras salen de la Tipografía de El Cojo, merece ser leído, y estoy seguro de que quien empiece á hacerlo, por poco desarrollado que tenga el instinto de lo bello, ha de seguir complacido hasta el fin.

Ingenio sutil, ático sin amaneramiento, concisión en las ideas, viveza y espontaneidad en el estilo y tendencia á una filosofía naturalista algo epicurea, pero nunca desposeída de sentimientos delicados, campean por todas las páginas del nuevo libro. Llénanlas seis ú ocho capítulos que son otros tantos cuadros imaginados por el autor al recordar las sensaciones físicas y morales que ha experimentado en sus viajes por Europa.

No se trata de episodios más ó menos novelescos vistos ó imaginados á que suelen acudir los aficionados á contarnos sus impresiones de viaje: nuestro autor se limita á esfumar vagamente un hecho cualquiera interesante ó no, como pretexto para emitir algunas reflexiones superficiales unas veces, trascendentes otras sin parecerlo, pero siempre expresadas con elegancia de estilo y generalmente impregnadas de agradable melancolía.

La introducción *Alma de viajero*, resume y compendia toda la filosofía del libro. Los viajes son un placer para las almas vulgares y un dolor para los espíritus cultos y delicados. A este propósito, aduce el señor M. Díaz Rodríguez observaciones sencillas pero exactas y muy apropiadas al tema que se ha propuesto explicar.

De los recuerdos de viaje casi siempre resulta la nostalgia del bien perdido. Puede uno á veces viajando por placer, apartar de la imaginación ideas tristes; pero el resultado final, fuera del prurito de relatarlo que se ha visto, conduce á menudo á la hi-

pocondría. El señor M. Díaz Rodríguez en el breve capítulo de introducción á su libro, dice estas cosas mucho mejor que yo, creyendo interpretar su pensamiento; aquí las apunto. Vienen después *Lecciones* revelación de una aventura amorosa en las orillas del Bósforo: al contarla con amenidad y gracia,

seres, es fuente perenne de amarguras é inspirador de bajas y perversas pasiones, y el amor de las cosas nos da todo lo que posee y nada en cambio nos exige. Sigue á este capítulo: *Flor del Sena* episodio de la vida parisíen en el que nos cuenta cosas muy bellas de un gran fondo moral, sobre

un motivo harto manoseado pero siempre nuevo. *Primavera* es un idilio precioso, perfectamente moral y lleno de poesía sana y nutrida de ideas. En el *Albaicín*, describe un episodio de las costumbres populares de Granada, y sería una buena nota de color, si en mal hora no se le hubiese ocurrido á su autor poner en el fondo del paisaje algunas pinceladas de sepia que resultan simplemente brochazos.

Ni están bien aquellas burlas de Volteriano vulgar acerca las sencillas creencias del pueblo, ni pega menos todavía aquella irónica alusión á lo que de impuro tiene la vieja sangre española. Tratándose de vicios tradicionales y de defectos de origen en los pueblos, otro tanto y más que del nuestro puede decirse en casos semejantes, de los franceses, ingleses y alemanes; porque en eso de tener antepasados cándidos y brutales que veían en todas partes lo sobrenatural, allegaban leños para tostar herjes y libraban batallas gigantescas por la sombra de una sombra, bien lo sabe el distinguido escritor venezolano, nos han precedido á los españoles, todas las naciones de Europa. Hubiérase el señor M. Díaz Rodríguez, cediendo á sus aficiones heterodoxas contentándose con observar que en la fiesta que describe, á pesar del culto fervoroso que el pueblo granadino rinde á San Miguel, el Arcángel vencedor del infierno, el diablo iba suelto puesto que el autor le vio revolcarse jubilosamente en las llamas de los ojos de una hermosa andaluza, y parecería más exacto y menos vulgar.

Con todo, el libro resulta un trabajo muy bello y su autor ha probado una vez más que sabe encontrar ideas donde generalmente los escritores que ahora cultivan el género ligero y agradable, sólo encuentran palabras.

J. GÜELL Y MERCADER.

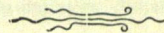
Madrid: 1898.

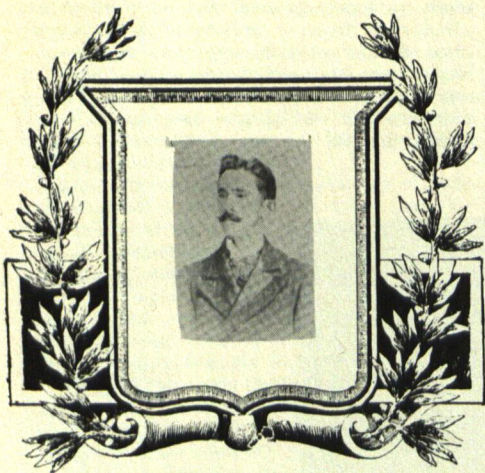


MONUMENTO DE LA FAMILIA RUIZ EN EL CEMENTERIO DEL SUR—Caracas— (De la casa de J. Roversí é hijo)

saca partido de puerilidades que en otro escritor menos que el artista, no gustarían.

Ruinas es quizás el mejor trozo del libro. En él se desarrolla un tema esencialmente filosófico: para el hombre pensador es preferible amar las cosas que amar á los seres, sobre todo el sér humano; porque las cosas que uno quiere no son ingratas al beneficio recibido y aparecen á nuestros ojos con serenidad inmutable. El amor de los





CRONICA CIENTIFICA

Dice Bastiat, en su "Collection des Pamphlets" que en todos los asuntos humanos existen dos órdenes de cosas: las que se ven y las que no se ven; lo que equivale á decir que la apreciación exacta de las cosas y su interpretación justa y cabal no puede hacerse siempre por sólo sus manifestaciones ostensibles.

Si esta verdad, en cierto modo axiomática, es aplicable á todo orden de ideas, es más que todo cierta en lo que á estudios sociológicos se refiere, porque la complejidad del mecanismo en que esta nueva ciencia se mueve, y la heterogeneidad de los elementos múltiples que la componen, necesitan antes análisis concienzudo y detenido que juicios á la ligera, formados por la simple y digamos, material, observación del hecho en sí.

En la amplitud de los modernos medios de investigación y de la análisis, se estudia hoy como factor sociológico poderosísimo en la constitución de las colectividades humanas, el personal político que en ellos se agita y emplea; viniendo á ser, por ejemplo, las asambleas legislativas y las diversas categorías sociales que en ellas tienen representación, espejo fidelísimo donde se copian y reproducen con exactitud las tendencias, ideas y aptitudes del *estratum* social que representan.

Si exteriormente todas las asambleas legislativas se parecen; si un observador contemplara á un mismo tiempo el Reichstag alemán, la Cámara de los Comunes de Inglaterra, la Asamblea Italiana y las Cámaras de Diputados de Francia ó de Venezuela, la uniformidad y analogía de todas le produciría la impresión de que todos estos diversos países tenían el mismo sistema de gobierno. Eso sería lo ostensible, lo visible, lo aparentemente cierto, pero no lo verdadero; y para llegar á la verdad sería necesario estudiar las diversas categorías sociales de donde surgen los individuos á la representación nacional.

Para llegar á una conclusión definitiva es pertinente y necesario estudiar desde sus más lejanos orígenes este importante dato de información.

Es indudable que las ideas, las aptitudes y la manera de juzgar las cosas, dependen de la profesión ú oficio de cada individuo; así el agricultor, el industrial, el comerciante, el médico, el abogado, tienen cada uno su manera especial de apreciar las cosas, su criterio propio, un modo peculiar á cada uno, de juzgar de los asuntos; es decir que no consideran las cosas bajo un punto de vista idéntico, bajo el mismo ángulo, porque representan intereses muy diversos; y como estos intereses no tienen todos la misma importancia desde el punto de vista de la armonía social, el papel que puedan de-

sempeñar en ese complicado mecanismo tiene por fuerza que ser diferente y hasta contrario.

De aquí se deduce, inmediatamente, que las decisiones y medidas de una representación nacional cualquiera, estarán subordinadas al estado social del país en que aquellas se efectúen, pues que en su seno habrán de predominar las profesiones que de más honor, prestigio y fuerza disfruten en cada nacionalidad respectiva.

Si con el objeto de realizar un estudio razonado de la materia analizamos comparativamente los distintos elementos que componen la representación nacional en Francia, en Inglaterra y en Venezuela, llegaríamos á los resultados siguientes:

En Francia, la agricultura, la industria y el comercio tienen muy poca representación legislativa. En 545 diputados sólo hay 185 entre agricultores, industriales y comerciantes; en tanto que las profesiones liberales arrojan un número de 270 y los empleados públicos de 95, cuando el clero y la armada sólo entran como 2 y 6. De esto se deduce que en Francia la mayoría de los representantes á las asambleas nacionales se escogen entre los profesionales y los empleados. Pasa en Inglaterra lo contrario; la representación agrícola predomina, más que en la Cámara de los Comunes, en la Cámara de los Lores, compuesta exclusivamente de grandes propietarios rurales.

Taine en sus "Notes sur l'Angleterre" explica cómo la mayor parte de los ingleses envían al Parlamento representantes, por sufragio, de sus propiedades agrícolas.

Y es que el agricultor, la industria y el comercio forman la base de una pirámide, cuyo vértice es el funcionario público (negación de toda iniciativa) y cuyos fundamentos son esas tres profesiones que suministran el pan cotidiano, y á cuyo calor vienen á refugiarse miles de personas.

Cuando estas fuentes de prosperidad sufren, el cuerpo social sufre todo entero; tal como acontece al cuerpo humano cuando el alimento le falta.

Una sociedad puede en rigor vivir sin abogados, sin prensa, sin empleados públicos; pero no podría subsistir sin los agricultores que le suministran la materia prima de su alimentación; sin los fabricantes que elaboran los objetos necesarios á la existencia; sin los comerciantes que distribuyen por todas partes los elementos necesarios á la vida.

Analizando uno por uno estos diversos elementos, no sería aventurado decir que la agricultura es más esencial á la nación que la industria y el comercio; no sólo porque ella provee directamente á la alimentación, sino porque es la más estable de las profesiones; tan estable es, que es fama que el agricultor es *rutinero*; que se ata al suelo donde fructifica la planta. No está sujeta como la industria y el comercio á bruscas y profundas transformaciones.

La agricultura, pues, constituye una base sólida para cualquier sociedad, estableciendo, como establece, un verdadero *substratum* de poblaciones estrechamente atadas al materno terruño y á las tradiciones del país.

En Francia este *substratum* figura en muy pequeña escala en la representación, proporcionalmente á su importancia social.

Para explicar semejante resultado hay que llegar á la causa eficiente de él, cual es la del abandono del campo por la ciudad. Es un verdadero exodo que, como dice un escritor contemporáneo en una de sus novísimas obras, "comenzó, hace dos siglos, en los grandes propietarios de la nobleza, que abandonaban sus propiedades para establecerse en Versalles como cortesanos y que ha continuado hasta hoy."

No hay quizás un país en Europa, dice el mismo autor, en el que más abandonada esté la agricultura. El padre de familia hace

á su hijo agricultor sólo cuando le es imposible darle otra carrera. Consideran ellos que vivir en el campo es el peor de los destierros, hasta el extremo de que un órgano de la prensa francesa, mal hallado con una parte de los representantes, los tilda de *campesinos*, como el colmo del insulto; y hasta un obispo decíale á un propietario: ¡Cómo es posible que os conforméis con vivir en el campo, cuando vuestra fortuna os permite vivir en París.

Después de la agricultura, la industria y el comercio son los dos elementos esenciales de la prosperidad nacional y éstos tampoco tienen sino una pequeña parte representativa en el Parlamento francés; por qué porque la industria y el comercio necesitan más quizás que la agricultura, la presencia asidua y cotidiana del patrón, lo cual es incompatible con el régimen de las Asambleas en Francia, país centralizado, donde todos los intereses, aun los más pequeños, son regidos por la representación nacional, lo cual hace que las sesiones se prolonguen durante la mayor parte del año y que se aumenten más todavía por el carácter mismo de las sesiones, á cada paso interrumpidas por digresiones impertinentes y personalistas.

Es imposible, pues, que los industriales y los comerciantes abandonen sus principales intereses para figurar, con amenazas de ruina, en la representación nacional; y esta abstención es tanto mayor cuanto que la situación de estos candidatos no tendría nada de halagadora ni agradable, tratándose de gente seria, acostumbrada á tratar con seriedad asuntos importantes. Para formar séquito y tener éxito en las asambleas es necesario tener el hábito de la palabra, saber lisonjear, saber prometer con adulaciones y halagos las promesas más irrealizables; producirse en declamaciones violentas, sonoras y en su mayor parte pomposas y vacías de sentido.

Así los únicos industriales y comerciantes que entran en el escrutinio electoral son, ó los que ya se han retirado ricos de los negocios ó los que no han tenido éxito en ellos.

Hé aquí, pues, todas las causas por las cuales las tres profesiones esenciales y verdaderamente prósperas para la nación no están representadas lo bastante en las Cámaras francesas.

En las Asambleas legislativas de Venezuela no hay que buscar tampoco la representación de la agricultura, del comercio y de la industria.

Nuestra industria es incipiente, nuestra agricultura además de ser entre nosotros tributaria del comercio, está herida de muerte y amenazada de ruina; y nuestro comercio mismo, además de ser precario y limitado, sufre á cada instante las contingencias perjudiciales y ruinosas de nuestras frecuentes revoluciones.

¿Cuál es, pues, el elemento social que predomina en nuestras asambleas legislativas? El elemento militar.

Las tres cuartas partes de nuestros representantes son generales; cabecillas surgidos al prestigio en la atmósfera candente siempre de nuestras pasiones políticas y personales ambiciones.

Ni la prensa, ni las profesiones liberales, ni el clero tienen en nuestras Cámaras legislativas su debida representación, viniendo á ser la clase militar la que parece resumir en sí toda la acción representativa nacional.

Cuán diferente es el aspecto que presenta la Cámara de los Comunes de Inglaterra. Allí cada elemento social tiene su sitio y está representado en la proporción y medida necesarias al equilibrio social y al interés colectivo.

Y en consulta secreta, resolvieron
Castigar la traición con dura muerte;
Y á veinte y tres caciques aprehendieron
Que allí se hallaban por su negra suerte . . .

¡Ya no se ven por cerros y picachos
Los indios prevenidos á la lucha
Ostentando banderas y penachos,
Ni el resonar del caracol se escucha!

VIII

De entregado matorral, que un lado
Cubre de enhiesta loma
Sale GUARICURIAN: El indio osado
Que el orgullo altanero
Del hispano guerrero
Siempre y doquier con su coraje doma.
Veinte y cinco veranos
Su frente altiva han alumbrado apenas,
Fuego dejando en sus henchidas venas;
Y su cuello de roble
Por lo erguido y robusto no hay quien doble.
De la hueste Mariche, por más fiero
Es el primer guerrero.
CHICURAMAI, cacique bien amado,
Es su Jefe, querido y venerado:—
Su hija, dulce y bella,
Es del joven guerrero amada estrella.—
La virgen seductora
Que á la margen nació del Caurimare,
La que el sol de la América enamora
Y acarician las flores del bucare:
La que muere de amor y amor inspira,
La hermosa, casta, sin igual CHAÍRA.
Ella es al indio como blanca luna
Cuando anuncia sin nubes la fortuna;
Dulce como la fresa
Que cuaja el frío en la montaña espesa,
Y grata como ensueño que da al alma
Con su sombra de amor la índica palma.
¡GUARICURIAN! . . . Pallares el temido
De su masa sintió el poder terrible
Cuando á un mandoble, herido,
La lanza le quitó el indio invencible.
—Del arcabuz ibero con los tacos
Prendió fuego á la paja en "Lagunetas"
Cuando agotó peleando sus saetas,
Y venció Terepaima y sus Arbacos.
—A Luis Narváez derribó por tierra
Muerto, de "Las Mostazas" en la sierra
Cuando intentó los viles Marañones
Traer á estas regiones.
—Y Juan Jorge Quifiones,
Y Fajardo, el criollo amable y fiero,—
Ya muertas ó en derrora sus legiones,—
Escucharon denuetos y baldones
Con que los difamó el bravo guerrero
Del mar Caribe á los rugientes sonos.
Y tornaron sus tribus
Por su victoria y libertad gozosas
Al dulce amor de sus nativas chozas;
Y oyeron, ay! como en mejores días
Las gaitas resonar en sus montañas
Con que premiaba el indio entre alegrías
De sus héroes gloriosos las hazañas.

IX

Allá viene CHAÍRA
La virgen del risueño Caurimare,
Por quien el canto del saumá suspira
Y acarician las flores del bucare.

Atada lleva al cuello
De ricas piedrezuelas sarta hermosa,
Tendido por los hombros el cabello,
Y encubriendo la espalda piel lustrosa.

Al medio cuerpo cife
Cinta de fibras albas como espumas
Donde prendidas lucen las que tife
Radiante sol multicolores plumas.

Desciende por la falda
De un alto monte que fecunda el río,
Donde brilla del roble la flor gualda
Y ostenta el pomagaz rojo atavío.

El légamo arenoso
Del juncal atraviesa, y á la sombra
Va á descansar de guayabal umbroso
De fresca yerba en la extendida alfombra.

No á descansar . . . Aguarda
Hoy más que nunca con febril anhelo
Que aparezca su amado, que ya tarda,
De aquel follaje entre el tupido velo.

La nueva de un suceso
Desde Santiago hasta sus selvas vino . . .
¡CHICURAMAI, su padre, ha sido preso,
Lo amenaza tal vez fatal destino!

Por eso espera ansiosa
Al buen CUARICURIAN, al indio amado,
Verle surgir entre la selva umbrosa,
Consuelo hallar en su valor probado.

X

El llega; y en su pecho
Reclinada la sien llora CHAÍRA,
Llanto que al indio formidable inspira
Por no vengar al punto, odio y despecho.
Y al oír el relato
De la celada impía,
Por los siniestros ojos
Lanza rayos de cólera sombría.
¡Ay, que su indignación y sus enojos
Han de vengar la infame alevosía!
¡Preso CHICURAMAI, su rey querido,
Su cacique valiente,
El que en su protección fue decidido
Y á CHAÍRA creó, pura y ardiente! . . .
¡Mas, ay, pensar lo cierto
Es que, si preso ha sido
Del español por arte fementido,
Presto su tribu ha de llorarle muerto!
¡No! No ha de ser: él mismo
Libertará al invicto prisionero;
Lleno de encono, ardiendo en heroísmo
Ha de arrasar ¡él sólo! el campo ibero . . .
Pero, si no es posible; si sus bríos
Hallan muros de lanzas y escopetas,
¿Qué han de poder sus locos extravíos?
¿Qué han de poder su masa y sus saetas?
¡Ay tristeza, ay dolor! . . . Mas es preciso
A su jefe salvar!—Al punto ruge
Como herido león . . . ¡Que no indeciso
Su amor se ha de mostrar si el mundo crujel
Y loco se desprende de los lazos
De CHAÍRA, la dulce, la querida,
Que extendiendo los brazos
Cae sobre la yerba humedecida . . .
¿A dónde va GUARICURIAN? Gloriosa
Ha de ser en el mundo esta partida
Pues por su Patria y por CHAÍRA hermosa
No tiene más que dar, y da la vida.

XI

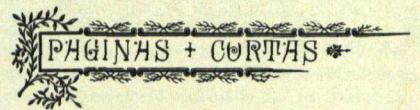
De Santiago de León por una calle
Va el lúgubre cortejo
Que al patíbulo lleva á los caciques
Que libertad y patria defendieron.
De sedición y dolo los acusan
Inexorables jueces,
—Pedro Ponce de León y Antequera—
Que para no temer les darán muerte!
De pronto llega á interrumpir la marcha
De la fúnebre tropa
GUARICURIAN que en actitud sumisa
Que se detengan y le escuchen logra:
"Yo soy CHICURAMAI," dice, "vosotros
Os habéis engañado
Y á otro por mí habéis preso; es aquel viejo;
Ponedme preso á mí, y á él dejadlo . . ."
El canje fue aceptado. El indio al grupo
Entró de sus hermanos
Que con tristeza y llanto lo veían,
Más que al viejo cacique había salvado.
GUARICURIAN marchó siniestro, mudo,
Como un astro imponente
Que de pronto se apaga en los espacios
Y en honda oscuridad vuela á perderse.
Y se dejó empalar de valor lleno;
Y en la última agonía
Con profético acento murmuraba:
"Patria infeliz," "CHICURAMAI," "CHAÍRA."
.
¡Salve tú, hija del cielo, egregia estirpe
De la región indiana
Que fuiste en premio á tu divino origen
Por el fuego y el hierro aniquilada!

Salve, tú, sí, poseedora mártir
Del consagrado suelo
Que el mismo Dios fecundizó amoroso
De su Creación con el primer destello.
En el són melancólico que aún suena
En apartados montes
Se oye tu quejumbrosa resonancia,
¡El eco de otros tiempos y otros hombres!
¡Es la perenne queja de una raza
Que se extinguió en la tierra
Dejando el alma que flotara incólume
Sobre las cumbres vírgenes de América!

XII

CHICURAMAI fue libre. Huyó sombrío,
Huyó aterrado, loco;
¡Qué incontrastable impulso lo forzaba
Al desierto, á la noche, al abandono!
En la mitad del campo halló una roca,
Y en ella, al tropezarse,
De frente al horizonte apoyó el pecho,
Y en la mano la faz, miró adelante.
Soñó: lo incomprendible, infame, odioso,
El garrote, el suplicio,
E inerte, lacio, empobrecido, mustio
En llanto se deshizo como un niño.
.
Así acabó GUARICURIAN. Y dicen
Las índicas consejas
Que CHAÍRA no ha vuelto á sus montañas
Y que CHICURAMAI murió de pena.

ENRIQUE GARCIA FLORES.



Washington

(POR MIGUEL J. ROMERO)

Al Dr. Andrade Penny.

De las ciudades norte-americanas, la de "las magníficas distancias" es la que en sí encierra los más bellos ideales.

El que sueña con aventuras amorosas hallará en ella ameno jardín en donde, ebrio de amor, deshojar pétalo á pétalo flores preciosas. El pensador abrirá por centenares las puertas que conducen al recinto de la meditación y del estudio. No arrojará lejos de sí el artista su pincel por falta de inspiración para sus obras. El sociólogo y el historiador no darían tregua á su inteligencia si quisieran estudiar el rico caudal de enseñanzas que Washington guarda en sus monumentos, museos y bibliotecas.

Adormecida á los pies del Potomac, parece decir á las edades, á las generaciones que una á una van sucediéndose en la contienda humana: "yo poseo todo lo que tus deseos y facultades ambicionan. Sin agotar tus fuerzas en la liviandad de los placeres ó en el gabinete científico, mis fuentes saciarán tus apetitos desenfrenados. Ven á mí, filósofo profundo, joven romántico, estúdiami de cerca, siente mis palpitaciones, y dime si nó prometo al Continente Americano teatro amplio para el desarrollo de sus nobles aspiraciones."

Washington es un libro abierto, cuyas primeras páginas empezaron á escribirse cuando el soplo de los vientos impelía hacia playas desconocidas la nave aquella, que conducía á su bordo peregrinos de la Libertad. ¡Y qué tierra tan fecunda encontró la diosa en las regiones bañadas por el Mississippi y el San Lorenzo!—Las últimas, donde á diario van anotándose el oleaje de las luchas cívicas, las ambiciones mundanas, los esfuerzos patrióticos de los simpaticizadores de las grandes causas y las costumbres puras y sanas del pueblo americano, aún permanecen blancas.

Washington, 1898.

Intimas

EN EL ALBUM DE LA ESPIRITUAL SEÑORITA
TRINA AYALA

No hay madrigal mejor que su sonrisa,
Ni página más pura que su frente.

(LIRA AMERICANA.)

LLÁ está, lo ves?...
girando siempre en
el azul del cielo,
desde el impulso
inicial del Creador.

Radiante de tor-
nasoles, con su ti-
tilación despierta
la gracia divina de
tu sonrisa.

Aquel toque de
luz divina te cau-
tiva, por que se
atraen los que se
parecen.

Dos Sirios en tu rostro centellean.

Cuando tu faz diancesca, yo puedo decirlo,
iluminada por los rayos de la luna se vuelve
hacia el espacio bordado en luminas, cesa
por igual tiempo la monotonía astronómica y
resurgen del prodigio dos cielos en conjun-
ción.

Ante la hermosura inmaculada que desde
el cielo convencional causa tus encantos, las
frentes se levantan á contemplarla; pero ante
la imagen castísima de Trina, suben las almas
por escala de misterios hasta el seno mismo
de Dios.

La negación de un Creador Supremo, ante
la imagen de la mujer, es la más torpe de
todas las hipocresías.

Entre todas las deudoras figuras como una
de las más obligadas á la Divinidad.

Por eso he dicho que, cuando en día que
se aproxima veloz, vuelvas á tu Patria amada,
serás la primera entre las primeras.

Ahora voy á depositar en tí un secreto, ro-
gándote, eso sí, que no pase de los dos.

Esos coloquios inocentes que las estrellas
como Sirio y Rígel te inspiran, se llaman—
imán de la semejanza.

Oye más. En tu hogar, relicario del evan-
gelismo cristiano, y no menos en la sociedad,
estrella eres de primera magnitud; y eso que
adviertes en todos, propios y extraños, ya sea
que te miren, ora que te vean, eso se define—
admiración!

Has oído bien? Sí? pues entonces que vi-
va en tí mi sencillo secreto, como el perfu-
me en la corola de la flor; y si me oíste con
agrado, escúchame ahora con reflexión.

Valen esos tus dones lo indecible: los que
te observan, alcanzan cada vez nuevos vis-
lumbres, los cuales van apareciendo natural-
mente, hasta relucir á plenitud, algo así como
los astros en los momentos en que se oculta
el sol.

Así se contemplan con el pincel, jugando
con la armonía de los colores, ó bien, inter-
pretando las combinaciones del genio en el
arte de las notas.

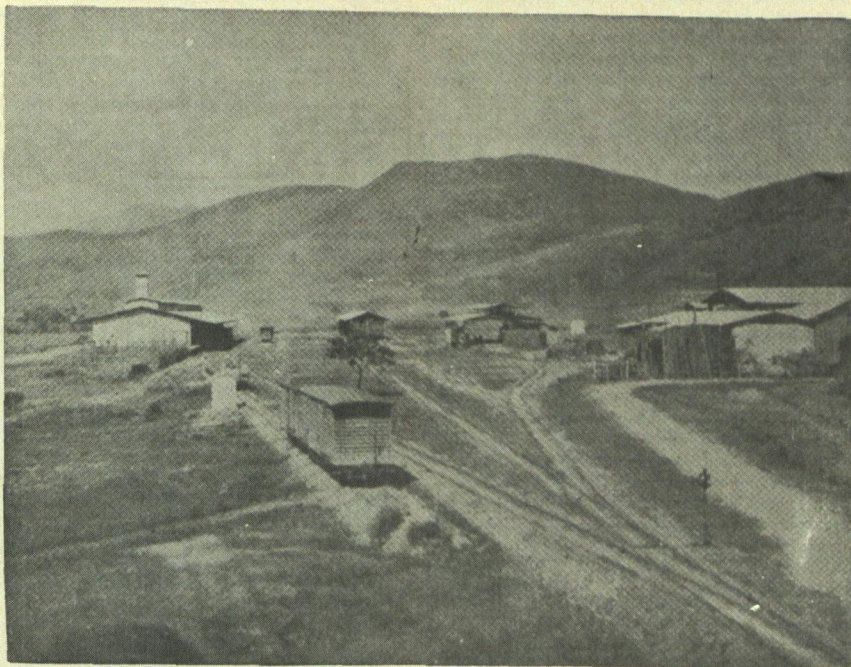
Gallarda ofrenda á Beethoven y Rafael.
Soy de los que juzgan tus atractivos, cual
puñado de diamantes sobre terso cristal.

Los que ya estamos en el meridiano de la
vida, alguna vez podemos hablar con la niñez
ó la juventud en forma de apólogos.

Guarda mis palabras en el bello cofre de
tus recuerdos, y verás que, cuando Himeneo
toque tu frente en señal de nueva vida, serás
no sólo excelente esposa, sino ángel de redención,
acercando á los labios del sér amado la
copa del consuelo.

Y ten por cierto, que así será inmarcesible
tu nívea corona de azahar.

La belleza aunque es un prestigio, pasa



GRAN FERROCARRIL DE VENEZUELA.— Estación de "Palo Grande"

como la espuma que deja la ola; pero los
destellos del alma viven la vida ilustre de la
inmortalidad.

Ello explica, que la flor y el perfume se
complementan.

El pétalo marchito cae; pero legando á las
auras su perfume virginal.

Botón entreabierto, preciosa joya de hoy
y esperanza del porvenir, resplandece en tu
apolínea frente la diadema del símbolo.

Has nacido para grandes cosas; pero entra
en la realización del designio divino, tu más
ferviente culto á los consejos del honorable
ciudadano cuyo nombre llevas con gala, en
unión de tu santa madre, quien siempre ten-
drá para tí en su voz, arpegios dulces como
los salterios de David.

En ese mundo tuyo, jamás faltarán aires
que la ilusión revivan, ó hechos que la es-
peranza transformen en dulzuras de amable
realidad.

Bello es tu santuario, y á él llego como los
peregrinos que pasan por Jerusalén, en re-
verente silencio, contemplando las magnifi-
cencias del culto exterior, y adorando tu an-
gelical recinto, perfumado por el candor.

Es bueno, sí, que los títulos que te enal-
tecen á porfía, los tengas como olvidados,
porque la pureza, semejante al sol, transfor-
ma el velo vaporoso que la intercepta en el
símbolo bíblico del iris.

Con tantos y tan delicados prestigios, guía-
da siempre por la enseñanza de tus padres,
crecerán tus glorias, haciéndose perdurables,
semejantes á la perennidad fácil con que la
aurora vierte sus perfumes.

Lejos de mi esposa amada y los hijos del
corazón, nada tiene de extraño que al través
de la letra escrita se divise la tristeza del
proscrito.

Pero rica, muy rica de sublimes tesoros,
puedes, al reposar de nuevo el álbum entre
tus blancas manos, derramar sobre mí los
timbres de tu caridad salvadora, y olvidando
mi pequeñez de autor, ojalá quisieras prodi-
gar á esas líneas el muy noble perdón de
una sonrisa.

Curaçao: 7 de Febrero de 1898.

FRANCISCO DE P. REYES.

Del natural

(POR JOSÉ E. MACHADO)

I

El sol moribundo agranda su pupila pa-
ra dirigir á la tierra la postrer mirada,
y desciende lentamente hacia el ocaso ilumi-
nando con sus últimos rayos las cumbres
de *El Avila*, que se pierden en la vaga lejanía
del horizonte. Al sur-oeste, la ciudad con
sus altos edificios, entre los cuales se distingue
en primer término la iglesia de San José,
de torres coronadas por ángeles, que semejan
águilas en actitud de remontarse hacia el
límpido azul de los cielos; al este, el Anauc
donde no resuenan ya los cantos de las la-
vanderas; y más allá *El Paraíso* donde ru-
nían dos yuntas de melancólicos bueyes cui-
dados por joven gañán que duerme recos-
tado al tronco de mango corpulento. Por en-
tre el follaje blanquea una casita de la cual
sale densa columna de humo que asciende
en espiral y toma el color del arniño á propor-
ción que se desvanece en el aire sereno de la
tarde. El viento esparce los armoniosos so-
nidos de una guitarra y una voz firme y
afinada acompañándose del instrumento deja
oír la letra de un *lieder* del melancólico
Goethe:

Hubo en Thule un rey amante
Que á su amada fue constante
Hasta el día en que murió.
Ella en su postrer instante
Su copa de oro le dio.

Las últimas notas del aire germano vibran
con infinita tristeza en medio del silencio
crepuscular:

El postrer sorbo el anciano
Moribundo soberano
Aparó sin vacilar;
Y con enérgica mano
Arrojó la copa al mar.

Con mirada de agonía
A la copa que caía
Fijo y ávido signió.
Vio como el mar la sorbía
Y los párpados cerró.

II

Por la ribera del río avanza feliz pareja,
cogida de la mano, y tras ella un grupo de
jóvenes entre las cuales va la cantora, la
cítara en el brazo, vestida de blanco, adorna-

da la cabeza con sombrero de paja, en cuya cinta hay colocadas flores silvestres que su mano de virgen arranca descuidada de los tallos luminosos. ¡ Amor, juventud y alegría, con cuán admirable colorido aparecéis entre el claro-oscuro de un día que se apaga ó de una existencia que muere! ¡ Vosotros renováis con vuestra presencia las horas de dicha, los sueños de amor, los anhelos de gloria! ¡ Vosotros sois lo eterno!

III

Nubecillas de ópalo y grana tachonan el antes purísimo azul de los cielos; las golondrinas revolotean en busca de su nido; el silencio profundo de la tarde se acentúa; los campos están desiertos; desapareció la feliz pareja por el largo callejón que conduce á *Las Palmas*; la sombra invade poco á poco el valle y la colina; y sólo queda visible, iluminado por amarillenta lumbre, el antiguo cementerio de *La Concepción*, que, como mudo centinela de la muerte, destaca á las faldas del cerro, en la dirección del noroeste, su sombría silueta. Allí está con sus paredes grises, sus altos cipreses y su frontis severo, donde se lee inexorable sentencia: *Hic ingreditur universa carnis*.

IV

En el reposo agosto de la naturaleza contemplé la silente morada de los que fueron, recitando los versos de Bequer:

¡ Qué amor tan callado el de la muerte!
¡ Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

La ventana

(POR J. H. ROSNY)

De noche cuando volvía á mi casa, veía muchas veces luz en una ventana, más allá del jardinillo. En ocasiones estaba abierta la ventana, é inclinada sobre ella el cuerpo flexible de una mujer.

Pude observar que la luz no se encendía casi nunca antes de las dos y se apagaba á las tres, y creí al principio que la joven empleaba ese tiempo en prepararse para el descanso; la juzgué sonámbula—por gusto ó por necesidad. Pronto supe que se acostaba antes de las doce, se levantaba á la hora dicha y luego se volvía á acostar, costumbre rara, es verdad, pero sí se quiere encantadora, pues que nada predispone á gozar de la noche como dejar el sueño. Se encuentra más delicia en el silencio, y tórnanse amables y misteriosas las sombras del jardín.

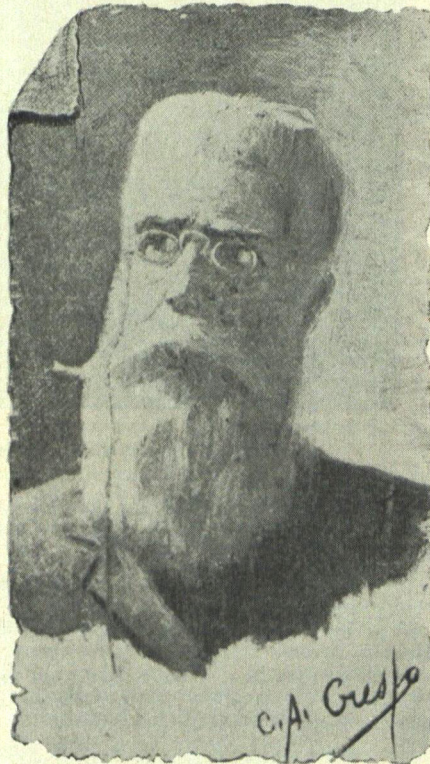
* * *

En una hermosa noche de abril, al entrar á mi casa y encontrar como de costumbre á la desconocida, medio iluminada por la luna, le quité el sombrero y ella me contestó con una inclinación. Me estremecí; creí entrever cierta dulzura maravillosa en aquella mujer esbelta cuyo rostro se ocultaba en la penumbra de una capucha de encajes. Volví á saludar los días subsiguientes, y siempre la misma graciosa cortesía, lenta y rítmica como una pavana.

Mi alma, que por el momento estaba desocupada, se entregó por completo á la vecina nocturna. Cada noche me era más querida; y no transcurrió mucho tiempo sin que tuviéramos establecido un telégrafo por sobre los ligustros, los álamos blancos y las hayas del jardín. Yo poseía los elementos de una conversación por signos que me había enseñado un tío viejo, y daba la rara casualidad que ella también los conocía, y aun mejor que yo.

Empezó por exigirme completa discreción; por arrancarme la promesa de que yo no trataría de saber quien era la que me hablaba, hasta el momento en que ella misma quisiera descubrirme el misterio. Le hice un ju-

ramento solemne y empezó nuestra intimidad. Ella fue cediendo poco á poco á mi amor; interesóse primero por mí, hízose luego mi amiga, hasta una noche de setiembre en que su corazón se me entregó por completo. á sesenta y cinco pasos de distancia! Oh! hermosísima noche de setiembre con sus navíos argentinos en el mar del éter, su redonda luminaria envuelta en velo de pálido tul, ó descubierta luego al impulso de la brisa de occidente, y sus árboles agitados como túnicas



ESTUDIO PARA EL CUADRO "EL DOCTOR,"
por C. A. Crespo

de diosas! Se me representó como la gran noche de la historia del mundo, al ver á mi amiga enigmática que trazaba el luminoso geroglífico, símbolo delicado del amor.

* * *

Pasó el otoño, y el invierno también, y el idilio permanecía suspendido en el espacio. Vano era suplicar, vano era ofrecer mi vida entera por una entrevista; siempre se obstinaba en el pretexto de una especie de voto del cual no podía aún desligarse. Llegó la primavera y yo estaba casi delirante; flaco y pálido no pensaba sino en la hora en que aparecería la silueta flexible y el rostro oscurecido por los encajes. Y otra vez una hora dolorosa y desesperada, hora de súplicas vanas y de angustiosa pasión.

* * *

Empero llegó una noche en que faltó la luz y también á la siguiente. Sobrecogido de espanto, permanecí como dos horas cerca de la ventana. Imposible dormir ni comer—atormentado como estaba por lúgubres presentimientos. En la mañana del tercer día recibí una carta de un notario desconocido excitándome á pasar por su oficina. El instinto me dijo que iba á tener noticia de mi amiga; no perdí un segundo en concurrir á la cita. Me encontré con un viejo regordete, en una oficina montada á la antigua. Díjome que tenía á mi disposición la herencia de la señorita V., muerta dos días antes, quien no teniendo familia alguna me había nombrado su heredero universal!

—La fortuna, me dijo el notario, consiste en bienes raíces y otros valores, y monta aproximadamente á ochocientos mil francos. El testamento está en regla, hecho bajo mi vigilancia.

Me miró con una sonrisa de felicitación, y continuó.

—También tengo para usted este pliego, con el encargo de entregárselo confidencialmente. Tomé la carta y balbuceé:

—Volveré otro día, señor, á pedirle más detalles. El se inclinó con deferencia y yo salí tambaleando, con el corazón desgarrado. Entré en un café para leer en un rincón apartado la triste palabra póstuma de mi amiga.

* * *

La carta, que era muy cortita, decía así: —"Perdonad á una pobre solterona, que os debe la única verdadera felicidad de su vida! Fea y altiva, yo no había podido amar á ninguno de los hombres que conocía; todos me desagradaban con su actitud hipócrita ó brutal. Y así había llegado hasta los setenta años sin haber sentido ni una sola vez la alegría divina de pensar en algún sér como piensa la creyente en su Dios. Vos habéis venido á darme esa alegría infinita; gracias á vos he podido vivir casi todo un año con el alma sumergida en éxtasis delicioso. En este momento soy feliz, pues he vivido; y ya próxima la hora de mi muerte, abrigo la suprema esperanza de que conservaréis compasivamente el recuerdo de vuestra pobre amiga de la ventana".....

* * *

No sé lo que hubiérais hecho en mi lugar, ni como habríais tomado el asunto; sólo puedo decirlos que yo estuve como un cuarto de hora llorando en un rincón del café. Y lo más raro es que el recuerdo de este idilio conserva aún toda su frescura; toda la suavidad de las bellas historias de amor con las mujeres más hermosas, y que no puedo acercarme á la ventana sin sentirme penetrado por un tierno sentimiento, sin entrever la silueta flexible y tan encantadora como la virgen de Verona, ó como la bella cristiana que deslumbra todas las miradas cuando el cardí y los dos bajaes le ordenan que se quite la máscara.

León XIII escritor y poeta

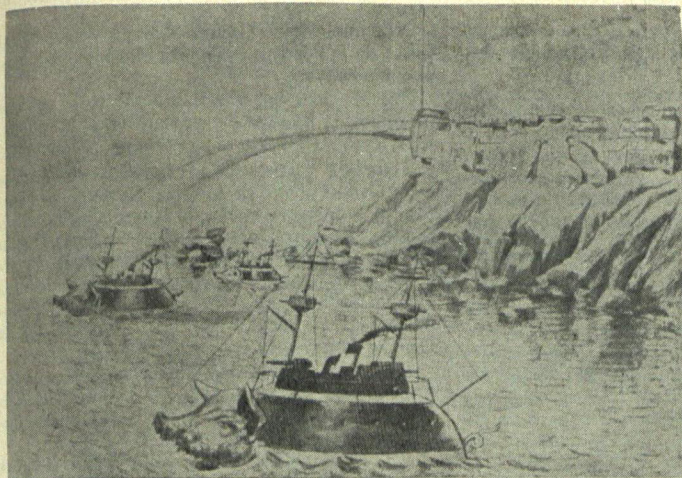
León XIII acaba de celebrar en Roma, en medio de las manifestaciones más imponentes del respeto universal, su octogésimo aniversario; y una vez más la atención del mundo cristiano se vuelve con admiración hacia la persona augusta del Soberano Pontífice, alma generosa y sublime, cuyo reinado espiritual permanecerá en la historia del Papado como uno de los más fecundos en promesas futuras y más conformes también con las grandes tradiciones del más venerable de los poderes terrenales.

No es ciertamente en las columnas de un periódico donde se puede caracterizar y definir la misión, el origen, el porvenir y la razón de ser del papado, encarnación sublime de la Iglesia Católica, es decir, del cristianismo universal.

Este artículo tiene menos altas ambiciones: trata simplemente, con ocasión del jubileo de León XIII—sesenta años de sacerdocio y veinte de pontificado—de llamar la atención de nuestros lectores sobre una de las facetas más interesantes, seductoras y desconocidas, de esta personalidad verdaderamente extraordinaria.

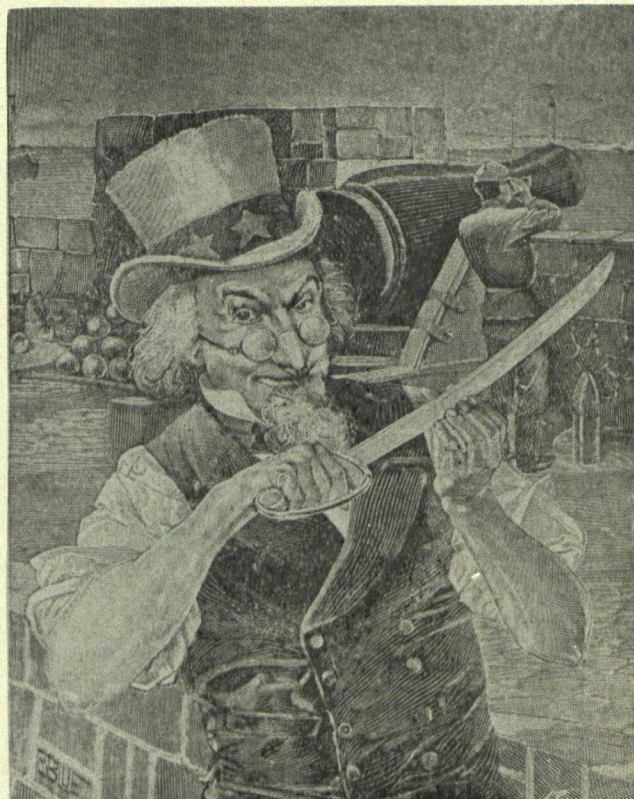
Hablaremos de la actividad literaria del Papa actual, quien es, no solamente una inteligencia poderosa, sino un poeta del más fino y original talento.

La originalidad de León XIII consiste más bien que en la forma literaria escogida por el venerable y augustó poeta, en la emoción penetrante y sincera, en la llama ardiente, reflejo de una alma grande, que palpita é ilumina todas sus obras. El mantiene la noble y sublime tradición de esos grandes humanistas italianos que en la época del renacimiento occidental resucitaron el espíritu del mundo antiguo, el claro y luminoso genio de la poesía griega y de la filosofía platónica. Como ellos, León XIII es un clásico puro,



ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Copia de una caricatura española.—“Los yankees con un genio admirable han encontrado medio de artillar poderosamente y en un santiamén sus dilatadas costas.”



COPIA DE UNA CARICATURA AMERICANA: “El tío Sam está listo”

Caracas

Ofrecemos la vista de la Oficina Postal, edificio de que se ha servido el Gobierno para instalar en el segundo piso el Ministerio de Correos y Telégrafos.

Cementerio del Sur

Abundan en la Necrópolis caraqueña monumentos artísticos, con los cuales hemos ilustrado nuestra Revista en distintas ocasiones. En posesión de una serie de vistas de esos monumentos, por una parte páginas de piedra del libro de la estética, y por la otra, objetos que evocan recuerdos queridos al alma, seguimos la tarea de darlos á conocer, y reanudamos ésta con el monumento de la familia Ruiz.

Estado Bolívar

De las riberas del caudaloso Orinoco, propicias á la industria criadora, son las vistas intituladas *El Potrero*, *Un día de campo*, *Puerto de El Potrero*, y *Casa de la señora Isabel de Lagrave*.

Música

La barcarola que publicamos en el presente número, es producción del joven Enrique Vidal Bel, discípulo aventajado del señor Narciso L. Sallerup, pianista notable de nuestro país, cuyo nombre honra á Venezuela.

Santo Domingo

En el grupo de nuevas vistas que insertamos hoy de la ciudad europea más antigua de América, privan las que representan monumentos de la civilización colonial, desde la época en que la ciudad fue edificada por Bartolomé Colón en 1496.

¡Qué elocuentes—dice la Baronesa de Wilson—han

de ser para el viajero pensador las ruinas de la primera Universidad de América, que en gran espacio se extienden y son objeto de excursión interesante para el forastero! — Las suntuosas de San Francisco conservan en pie alguna capilla y las del palacio que hizo fabricar Diego Colón en una altura escarpada, miranse en las aguas del caudaloso río Ozama, glorioso por sus recuerdos históricos. ¡Cuántas veces sus ondas serenas habrán reflejado la pensadora figura de Colón, ya radiante con la alegría del triunfo al pisar por vez primera aquellas riberas lozanas, ya más tarde agobiado por la ingratitude y el infortunio!

Santo Domingo es un universo de memorias, es un libro abierto lleno de leyendas, de impresiones, de glorias imperecederas, ya se refieren á la época del coloniaje ó bien á las que pertenecen á su historia nacional y á sus luchas con los haitianos, verdaderos combates de independencia, en los cuales resaltó siempre el valor indómito que ha distinguido á los dominicanos.

Cabeza de estudio

Quando la crítica autorizada ha consagrado el nombre de un artista, como sucede con el de Papperitz, no es necesario amontonar alabanzas en presencia de sus obras. Con la reproducción basta para que se ad-

viertan en ellas los rasgos que caracterizan las creaciones maestras.

Pozo de los pájaros

Nuestros campos tienen sitios en que la naturaleza, por sus maravillas, detiene la mirada del caminante para ofrecerse á su contemplación. Tal sucede con el *Pozo de los pájaros*, cascada de aguas luminosas, cercada por el verde cinturón de los arbustos que crecen en su orilla.

Coticita

En las afueras de la ciudad, hacia el Norte, Coticita reúne todas las condiciones necesarias para servir de sitio de temperamento. El Anauco, tan celebrado por nuestros grandes poetas, mantiene en perpetua primavera aquella región campestre que presenta las más gratas perspectivas.

SUÉLTOS EDITORIALES

General Joaquín Crespo.—Circulaba nuestro número anterior cuando la ciudad fue sorprendida con la noticia del fallecimiento del señor General Joaquín Crespo. Horas después, la palabra oficial confirmaba la noticia; y luégo, el 22 del mes próximo pasado, llegó á Caracas el cadáver del caudillo que en dos períodos presidió los destinos de la República.

Largos años en la vida del país, ocupando puestos de alta distinción en el Ejército y la Magistratura, lo hicieron conocido dentro y fuera de Venezuela.

Crespo, militar y magistrado, combatido y combatiente, pertenece á la historia y al cerrarse este paréntesis de sangre, la historia dictará su veredicto.

EL COJO ILUSTRADO recuerda en el General Crespo al hombre del hogar, y lleva al seno de la atribulada familia la expresión de su pena.

Don Manuel María Fernández.—Concurre EL COJO ILUSTRADO á la celebración de las Bodas de Plata del *Diario de Avisos* con una página dedicada á rememorar la simpática labor del colega, siempre atento y afectuoso con nuestra Revista.

Día de satisfacciones será para el amigo señor Fernández, el del XXV aniversario de su publicación, fecha que nuestros escritores y poetas se prometen marcar con piedra blanca en los fastos de la prensa nacional, porque resume una vida

consagrada al desenvolvimiento intelectual del país, al propio tiempo que se manifiesta como signo de progreso efectivo en lo que se refiere á la estabilidad del periodismo en nuestra joven nación.

Próxima esa fecha en que ostensiblemente se rendirá tributo de justicia á los esfuerzos del señor Fernández, evocamos la época no lejana en que el *Diario de Avisos* reflejó en sus columnas el movimiento literario de una generación,—ya cargada de merecimientos,—y estimuló con vivas simpatías la que en la actualidad comienza á dilatar su nombre dentro del territorio del país y más allá de sus fronteras.

Ilustraron con frecuencia las páginas del decano, Guardia y Tejera, los Calcaño y Arismendi Brito, Saluzzo y Soubllette, González Varela y Domingo Santos Ramos, Jugo Ramírez y Manrique, Fombona Palacio y Domingo Ramón Hernández; entre esa pléyade lucieron presto sus talentos Silva Gandolph y Monasterios Velázquez; y más luégo se vio fulgurar el de Paulo Emilio Romero (*Paolo*), que supo de todas las humildades al tocar la tierra, y de todas las grandezas cuando el fuego de la inspiración lo acercaba á las supremas alturas.

Fue en días de triunfos literarios cuando el Poder se acercó á las puertas del *Diario de Avisos* en solicitud de sus columnas. El decano divulgó los actos oficiales del Poder, pero el Poder no le arrancó una lisonja ni

logró imponer su criterio en el ánimo del decano. La Política fue para él una Musa que lo visitó cortesmente y á la que despidió muy pronto de la oficina con sonrisas de hábil diplomático. Fue tentado como el Cristo, y como el Cristo resistió á la tentación. Su alma, abierta á todo sentimiento generoso, supo sustraerse á los arides maquiavélicos que informan toda política cuando es más personalista que doctrinaria. Huyó de los halagos del Poder, y permaneció como hasta el presente, siendo el modesto ciudadano, el amable *Don Simón*, honrado, pobre y en ocasiones achacoso.

A sus méritos personales añade el señor Fernández su popularidad de poeta humorístico y satírico. Representa en la literatura venezolana la escuela de Bretón de los Herreros. Allí están sus letrillas y comedias, donosas é intencionadas como las del célebre maestro español.

Con los años y las dolencias físicas, el señor Fernández se ha dormido sobre sus laureles; y sólo se cuida ahora de la crónica de su diario y de su asistencia á las sesiones de la Academia.

EL COJO ILUSTRADO, deudor de frecuentes atenciones al colega, se adelanta á presentarle sus más sinceros parabienes.

Doctor Miguel A. Baralt.—Su muerte, acaecida recientemente en la vecina isla de Curazao, es motivo de duelo para la Iglesia y para la República. Sirvió á la una como á la otra, con amor acendrado y celo bien dirigido.

La vida del virtuoso levita y del austero ciudadano, fue la de un espíritu radiante. En la tribuna sagrada conquistó reputación de eminente orador; en las letras, puesto distinguido por su inteligencia y erudición; y en los asuntos relacionados con el mejoramiento moral de la Patria, opuso su carácter enérgico y su probidad luminosa contra todo lo que tendía á ofender la majestad de las leyes y desprestigiar nuestras conquistas democráticas.

Curazao fue su Tebaida; y allí exhaló su último suspiro haciendo votos por la felicidad de sus compatriotas.

Premie el cielo alma tan bella!

Deber de cortesía.—Nuestro distinguido colega argentino, *La Ilustración Sud-Americana*, en su número 123, correspondiente al 10 de febrero próximo pasado, obliga nuestra gratitud por la reproducción que hace en sus columnas del artículo editorial que consagramos á la meritoria labor literaria de nuestro colega el señor Manuel S. Pichardo, fundador y redactor del semanario ilustrado *El Figaro* de la Habana. El susodicho artículo aparece en el colega argentino con el título de *Un poeta cubano* y no con el de *Manuel S. Pichardo*, como escribimos nosotros; lo que nos hace suponer que *La Ilustración* creyó por ese medio llamar mejor la atención de sus lectores acerca del inspirado poeta insular; así mismo sospechamos que al no hacer constar la procedencia del artículo, (que no llevaba firma por ser editorial) quiso con ello hermanarse á nosotros para hacer más ostensible el tributo de justicia rendido al poeta y compañero en la prensa, todo lo cual celebramos en obsequio del señor Pichardo.

De otra galantería somos deudores á *La Ilustración Sud-Americana*; y es la que se refiere al libro intitulado *De mis romerías*, obra de nuestro asiduo colaborador Manuel Díaz Rodríguez, la cual admira el colega, desde el punto de vista tipográfico, dándole un aplauso especial que honra á nuestros talleres.

En este suelto bibliográfico, advertimos que el estimable colega le da nacionalidad centro-americana á EL COJO ILUSTRADO. Si el colega nos recordara con el mismo afecto con que recibimos sus gratas visitas, sabría que donde nos tiene completamente á sus órdenes, como buenos compañeros, es en Caracas, capital de la República de Venezuela; pues no es de suponer que el autor del suelto ignore que Caracas no está en Centro América.

De nuestro estimado colega de Buenos Aires *La Ilustración Sud-americana* número 124, tomamos el siguiente suelto:

“LOS TRES MÁXIMOS ORADORES GRIEGOS.—De este libro de Marco Antonio—Saluzzo, á quien hemos seguido en sus eruditos estudios, en las columnas de *El Cojo Ilustrado*, hay mucho que decir, y lo reservamos para después de una detenida lectura. Nos encanta la sencilla seriedad de su claro estilo y nos admira la erudición vastísima de su saber en el escritor caraqueño.”

Doctor Luis Carlos Rico.—Investido con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Colombia ha llegado á esta ciudad el señor doctor Luis Carlos Rico, quien anteriormente y con iguales títulos representó á su país en la República Francesa y en el Imperio Alemán.

También ha servido en su patria el doctor Rico los cargos de Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores; y á tales méritos añade su reputación de notable periodista.

Presentamos nuestra más cordial bienvenida al distinguido diplomático y le deseamos grandes impresiones durante su permanencia entre nosotros.

Pésame.—Ruda es la pena que aflige á nuestro amigo el señor Juan Francisco Hernández con motivo del fallecimiento de su seño-

ra madre, acaecido en esta ciudad el 23 del mes próximo pasado.

Quiera Dios sanar la herida que en su corazón de hijo ha causado tan irreparable desgracia.

Duelo.—Seguido de numeroso cortejo fue conducido á la última morada el cadáver de la respetable señora Narcisca Peraza de Terrero Atienza, quien deja gratos recuerdos en nuestra sociedad como esposa y madre de familia.

Enviamos á sus hijos y demás deudos la sentida expresión de nuestra pena.

“Del amor, del dolor y del vicio.”—(Novela).—Por Enrique Gómez Carrillo.—Madrid.—1898.—En la novela de nuestro ilustrado colaborador Gómez Carrillo, como en una que otra de los hermanos Goncourt, aparece la mujer destruyendo al artista. No creemos, empero, que el autor haya querido presentar esa tesis, ya conceptuada de falsa por la crítica; nos apoyamos más bien en la opinión de que su propósito ha sido el de describir, desde el punto de vista del naturalismo, al París decadente, en el sentido propio, no retórico, de la palabra.

Comencemos por conocer á los protagonistas:—Carlos había sido siempre un sér débil, sensitivo y orgulloso, sin ninguna verdadera robustez moral. Degenerado, como casi todos los artistas modernos, no á causa de las condiciones atávicas de su naturaleza, sino por culpa de la vida contemporánea y de la evolución de su propia personalidad en el medio ambiente de la existencia literaria de París, sus cualidades enérgicas habíanse atrofiado de un modo precoz é insensible, en beneficio de sus gustos refinados. Entre tanto:—Liliana conocía perfectamente las particularidades enfermizas de su temperamento; más en vez de hacer esfuerzos por desarraigárlas, cultivábalas con verdad:ra complacencia, creyendo poseer en ellas una fuente de actividad vital indispensable á su organismo. Analizando su existencia pasada, creía descubrir en ese vaivén eterno de su alma y en esa perpetua ondulación de su intelecto, la causa de su tranquilidad, pues no habiendo sentido nunca pasión completa, pudo resguardarse siempre de un capricho con otro capricho, de un anhelo con otro anhelo.

Caracteres de tan compleja naturaleza, inoculados con el virus que desarrolla la fiebre de la abyección, son los que, dentro de su propio medio, nos presenta la novela de Gómez Carrillo. Durante la lectura, se hace necesario una tenaza para volver ciertas hojas. No creemos, como el maestro de Medán, que el amor al arte obligue á los estilistas elegantes á descender á lo degradado. Gómez Carrillo descende hasta allí, sin retroceder ante ninguna audacia. Tiene de la literatura del siglo XVI, la frase cruda; y al propio tiempo ilumina con el colorido suave de su estilo más de una escena descrita con minuciosidad de pornógrafo. La novela de que hablamos es un himno á la Voluptuosidad, el mismo himno que canta el amante incurable de *Manón*, y que vibra en algunas páginas de *La Ralea*, *Sapho* y *Bel Ami*.

Mi novela, dice Gómez Carrillo, es una novela tímida, comparada con obras francesas de la misma índole, lo cual no obstará para que los periódicos de España y de América me llamen de nuevo licencioso y para que el Gobernador de Sevilla me declare otra vez inmoral por medio de un decreto.

Que comparada con algunas obras de Zola, Maupassant, Catulle Mendés y Maizeroy, resulte tímida la novela de Gómez Carrillo, no quiere decir que esta obra sea aceptable desde el punto de vista de la moral, ó de las buenas costumbres, como le parezca mejor al joven literato. En cuanto á lo otro, no imitemos al Gobernador de Sevilla, porque una sociedad es mejor juez que un Alcalde. Nos limitamos sólo á decirle al amigo que el asunto desarrollado por él no es de nuestra simpatía y que creemos que no lo será tampoco para ninguno de los que abrigamos la convicción de que el arte des-

merece cuando se arrastra en las impurezas del arroyo.

Nos duele que Gómez Carrillo esclavice al poste de la licencia su factura elegante, parisienese y sugestiva.

Por el ejemplar y la fina dedicatoria con que ha tenido la bondad de enviármolo, le quedamos, como siempre, sinceramente reconocidos.

Doctor Cadenas Delgado.—En prensa este último pliego de nuestra Revista, nos sorprende la infausta nueva de haber fallecido el sabio jurisconsulto Doctor Manuel Cadenas Delgado. Es una pérdida irreparable para la Patria y para el hogar venezolano. A la primera glorificaba con más de medio siglo de merecimientos adquiridos en los estrados de la Ciencia Jurídica.

En 1873 aportó todo el caudal de sus conocimientos en la redacción de nuestros Códigos. Nuestra moderna legislación lleva impreso el sello de su sapiencia.

En época no lejana descolló como hombre público; pero su carácter inflexible y sus severas costumbres, lo apartaron definitivamente de la política. Tornó con mayor perseverancia á ejercer su profesión de abogado, y así colmó de comodidades su hogar, por todos conceptos honorable.

EL COJO ILUSTRADO, que en el tercer año de su fundación rindió homenaje de justicia al ilustre jurisconsulto, publicando su retrato y sus apuntes biográficos, se asocia hoy al duelo de la ciencia y de la familia; y presenta á ésta el testimonio de su más sentida condolencia.

Exposición Imperial.—Tal es el título que ostenta un artístico panorama que desde hace días está funcionando entre las esquinas de La Torre á Las Madrices; panorama que es sin disputa el mejor en su clase que ha venido á Caracas, y que nos presenta curiosamente coleccionado por ciudades y con una precisión de detalles y perspectiva, lo más notable de arquitectura y naturaleza que hay en el mundo, resultando ser un espectáculo muy artístico, muy culto é instructivo y de un efecto tan cabal, que se hace imposible llegar más cerca de la realidad.

Próximamente se empezarán á exhibir las vistas de la guerra de Cuba y según se vayan recibiendo las de los acontecimientos de la guerra de los Estados Unidos y España; vistas que enviarán de New York y la Habana las sucursales de este espectáculo.

Folleto recibido.—*Les Travaux de Construction*, du Quai de Puerto-Cabello, (Vénézuéla, Amérique méridionale). Une nouvelle application originale de l'association du fer et du ciment, par M. Joseph Goffin, Ingénieur. Damos las gracias.

Testimonio elocuente.

Cagua, Puerto Rico, julio 25 de 1894.

Señores Scott & Bowne, Nueva York.

Muy señores míos: No es de ahora que conozco la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa que ustedes preparan, pues en los años de práctica que tuve en los Hospitales de Europa y los que llevo en el ejercicio de mi profesión en esta ciudad, he visto realizados sorprendentes resultados en la tuberculosis, anemia y demás enfermedades consuntivas. Su gran solubilidad en el agua, su exquisito sabor y olor, sus condiciones altamente ventajosas no solo para su asimilación sino que también adaptables para los estómagos más delicados, hacen de dicho medicamento un agente terapéutico de sin igual mérito.

DR. JOSÉ MARTÍ.

De la Facultad de Barcelona.

LAS MUJERES de este país tienen el cutis naturalmente bonito aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el **bochorno**, **grietas**, **barros** y hasta las **manchas de pecas**, empleese para la **toilette** de todos los días, la **CREMA SIMON**, **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**. No confundir con otros productos análogos.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

BARCAROLA

A mi distinguido maestro señor Narciso L. Sallierup

por Enrique Vidal Bel.

ANDANTINO

mf *p* *mf*

a tempo *dim y rall...* *pp* *mf*

p *affrett...* *rall*

a tempo *mf* *a tempo*

rall *f*

dim...

mf *con espressione*

This page of musical notation is for the piece "El Cojo Ilustrado". It consists of eight systems of staves, each with a piano (piano) staff and a vocal staff. The music is written in a key signature of two sharps (F# and C#) and a 2/4 time signature.

The notation includes various musical symbols such as notes, rests, slurs, and dynamic markings. Key performance instructions include:

- animando**: First system, piano staff.
- ten.**: Second system, vocal staff.
- affrettando e cresc....**: Third system, vocal staff.
- a tempo**: Third system, piano staff.
-rall. ff.**: Third system, piano staff.
- dim. poco a poco**: Third system, piano staff.
- mf**: Fourth system, piano staff.
- rall**: Fifth system, vocal staff.
- a tempo**: Sixth system, piano staff.
- f**: Sixth system, piano staff.
- dim. mf**: Seventh system, piano staff.
- P**: Seventh system, piano staff.
- Perdendosi**: Eighth system, piano staff.
- dim.**: Eighth system, piano staff.
- P P PP**: Eighth system, piano staff.

The piece concludes with a signature: *Call for the... Call for the...*